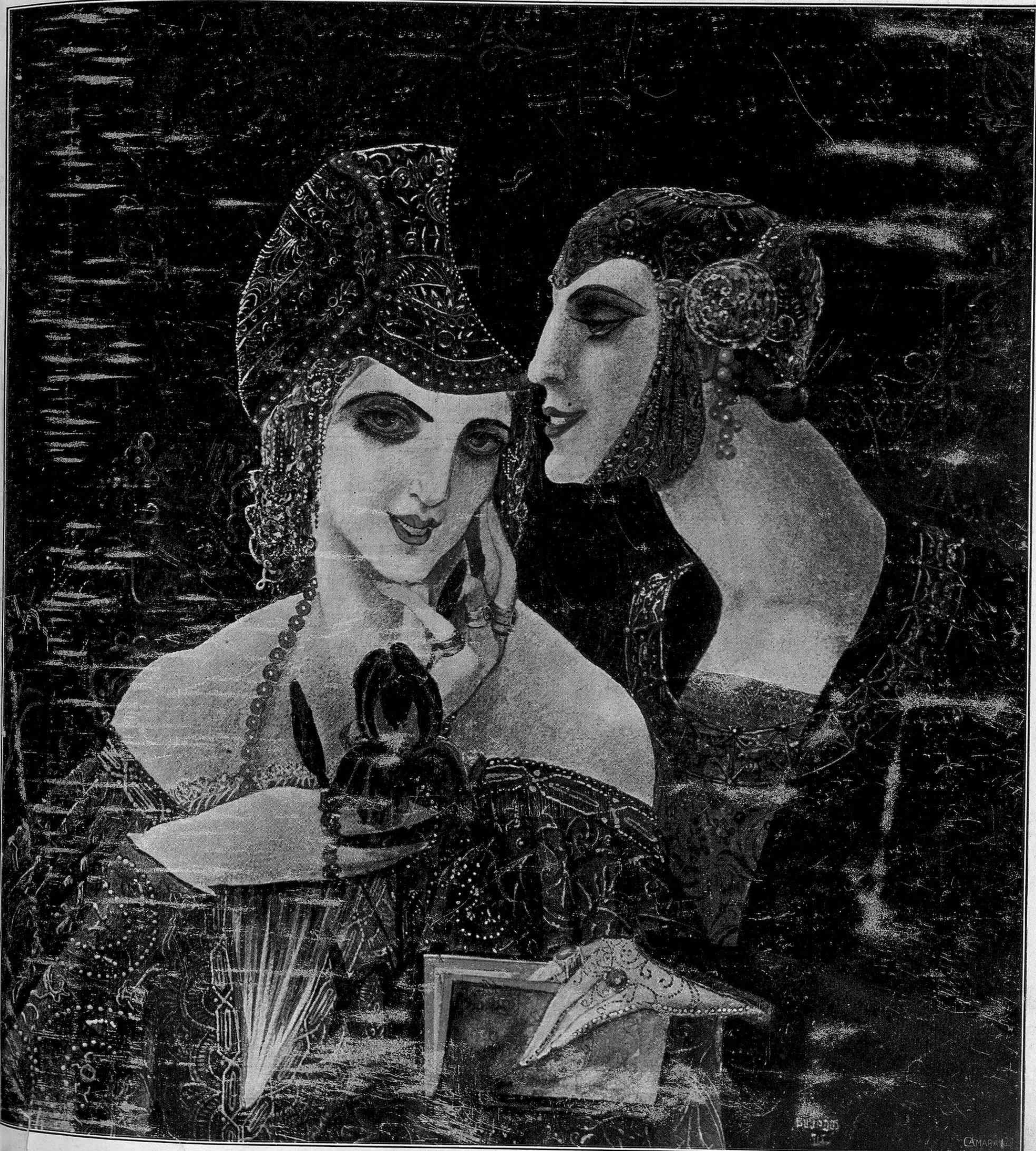


La Esfera

ATENEO
BIBLIOTECA
MADRID

Año II * Núm. 94

Precio: 50 cénts.



MADRIGAL. dibujo original de Manuel Ruíz

Baronnie

EL MÁS
DELICIOSO PERFUME
DE MODA



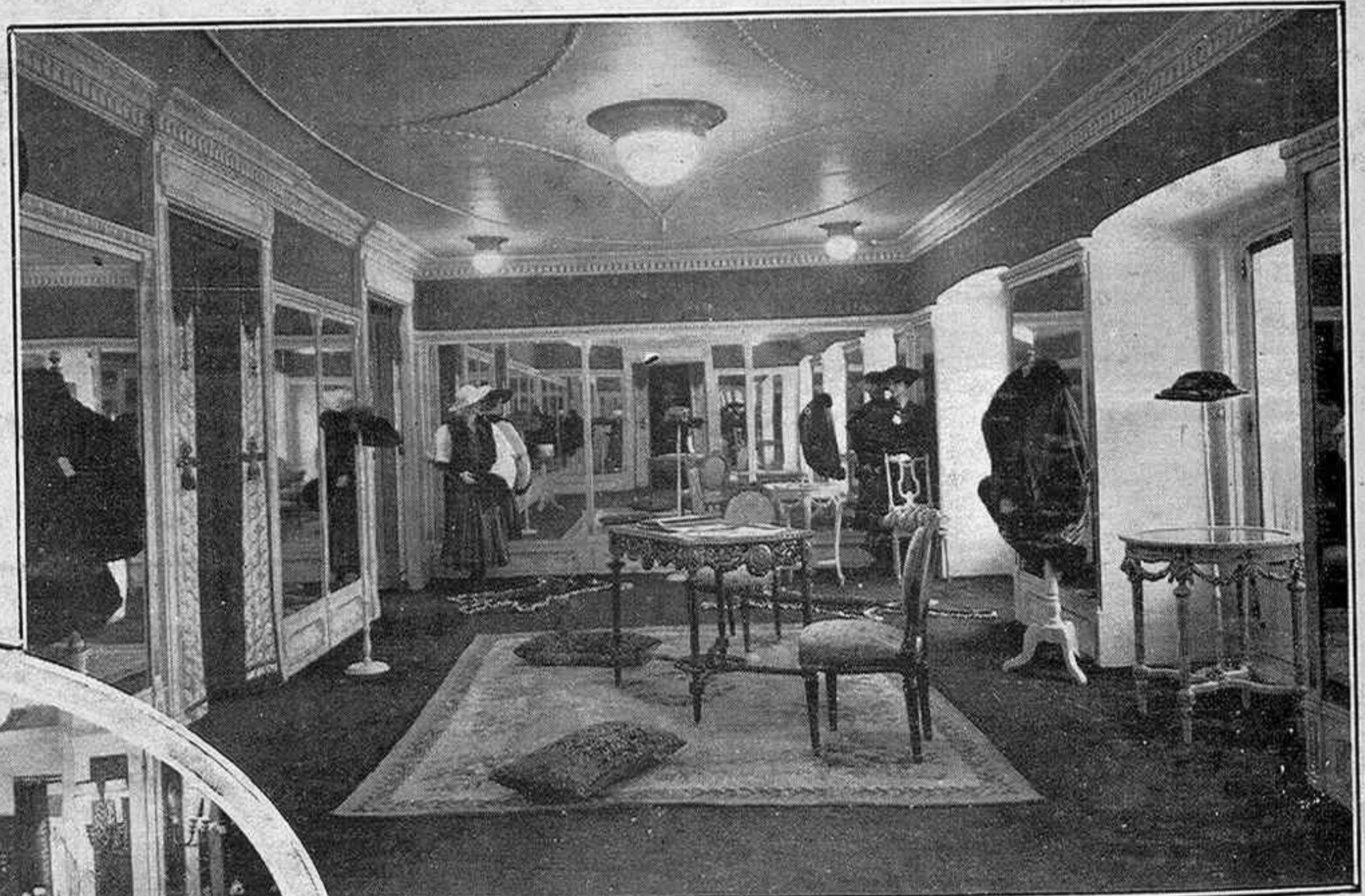
GELLÉ FRÈRES
PARIS

GRAN PELETERÍA FRANCESA, Carmen, 4, Madrid

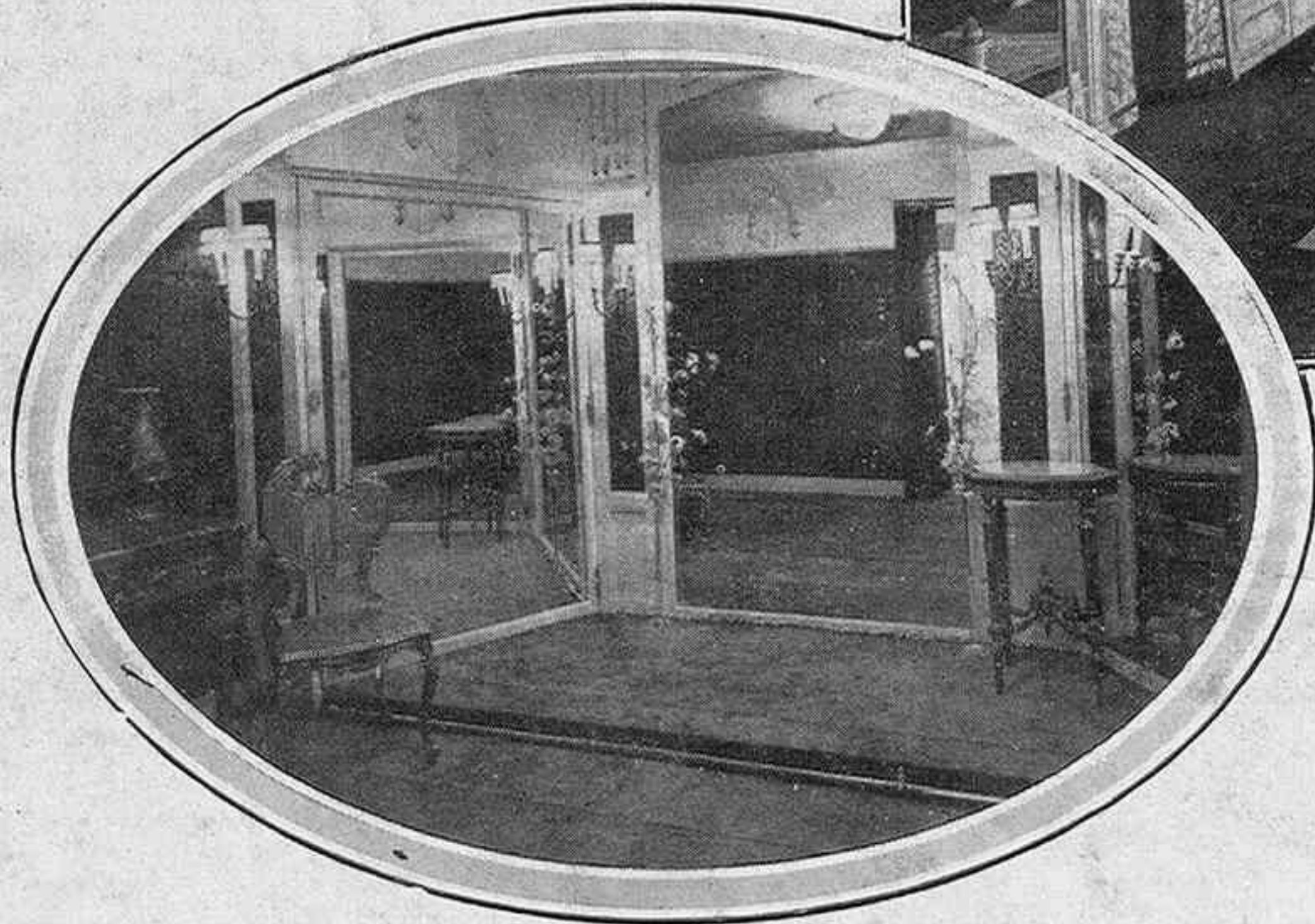
SIQUERA sea someramente, pretendemos dar á conocer á nuestros lectores algunos datos interesantes de la fundación y desarrollo de la Gran Peletería Francesa, modelo en su ramo y una de las principales casas del comercio madrileño.

Fundóse en el año 1885 por D. Anastasio Fernández y Benito, quien rompiendo los rutinarios moldes seguidos hasta entonces, comenzó por dejar de llamar *manguitería* á su casa, con cuyo nombre se venían denominando dichos establecimientos, y terminó revolucionando verdaderamente la industria de las pieles, convirtiéndolo realmente en un arte lo que hasta aquella época fué mecánica y vulgar profesión.

Un año escaso le bastó al Sr. Fernández y Benito para que la fama de sus creaciones corriese por los más aristocráticos salones y llegara hasta la cámara regia, elevado sitio donde



Magnífico salón, estilo Luis XIV, para exposiciones



Salita, estilo Inglés, para pruebas

FOTS. SALAZAR

aún se admira el gusto y la esplendor de la confección de las pieles de esta casa. Como premio al mérito, expidióse por Real orden de S. M. la Reina Doña María Cristina el título de Proveedor de la Real Casa, con derecho al uso de sus reales armas y escudo.

Retirado del negocio el Sr. Fernández Benito, hizo cargo de la casa su hermano político D. Arturo Vila, el cual, poniendo á contribución sus grandes talentos técnicos y comerciales, supo acrecentar más y más la importancia de este establecimiento. Los Sres. Vila y Jeannot, actual razón social de la Gran Peletería Francesa, han residido muchos años en América y conocen perfectamente los grandes mercados de pieles, desde las riquísimas Zibelinas, renards, armiño, Skungs, legítimas nutrias del Hudson y de Honduras, hasta las más exóticas y fantásticas, de las que tienen el más exquisito surtido.

La Esfera

Año II.—Núm. 94

16 de Octubre de 1915

ILUSTRACIÓN MUNDIAL



ATENEODER
BIBLIOTECA
MADRID

EL PRÍNCIPE GUILLERMO

DISEÑO DE GANORAL

Heredero de la Corona de Alemania, cuyo Ejército viene distinguiéndose en las luchas de la Champaña

DE LA VIDA QUE PASA

LA GUERRA EUROPEA © PESADILLA SIN FIN

NEGRAS y angustiosas son aún las pesadillas; mas al despertar de ellas con vigoroso salto hacia la realidad, recobramos prontamente la visión serena de los hechos iluminados por nuestro optimismo. Las profecías, que más que profecías son términos de una lógica infalible, se van cumpliendo. Lo primero que nos salta á los ojos es la situación de los beligerantes en el tablero Oriental de la lucha. Después del triunfo de los rusos en Wileika podemos afirmar con datos fidedignos, que en el enorme frente desde el Báltico á Rumanía tienen los moscovitas dos millones de hombres contra dos millones y medio de alemanes. Y en Petrogrado se disponen á entrar en campaña la friolera de un millón quinientos mil combatientes bien provistos de municiones y de los formidables ingenios de guerra que se llaman patriotismo ardiente y confianza en la victoria.

En Occidente, donde la ingeniería militar ha introducido la diabólica invención de la guerra de trincheras, sepultando los combatientes en socavones habitables y hasta cómodos, para que los seres humanos se mantengan á grandes distancias con terribles duelos de artillería, se han impuesto los aliados una virtud que ha resplandecido con igual fulgor en las edades místicas y en las edades heroicas: la Paciencia. Si en los anales de la santidad hallamos ejemplos de la eficacia de esta virtud, los anales de la guerra no son menos fecundos en sublimes casos de tenacidad y paciencia. Veinticinco años (se dice muy pronto) tardaron los romanos en rendir á Numancia. Cinco ejércitos mandados por otros tantos generales envió Roma sucesivamente contra los testarudos numantinos. Más grandiosa lección de paciencia por una y otra parte no se encontrará en la historia de ningún pueblo. Los romanos, que empezaron el cerco estableciendo tiendas de campaña, hubieron de establecerlo después con edificios de mampostería y parapetos ó socavones como los que ahora se usan en el Norte de Francia y en Bélgica. Los niños numantinos amamantados en los comienzos del asedio de la ciudad, crecían y se desarrollaban confundiendo los juegos infantiles con las enseñanzas del ejercicio militar. Pasaban años y los chiquillos manejaban airoso la honda y las flechas, y antes de ser hombres eran asombro y espanto de la invicta Roma. Los que no morían en la titánica lucha llegaron al fin del asedio en edad viril y asistieron á la caída de Numancia, la más pavorosa hecatombe que han visto los siglos. Ante este inaudito alarde de paciencia ¿qué valen la descomunal terquedad del patriarca árabe Job, ni el estudiado sufrimiento de los anacoretas ó las batallas espirituales de los innumerables santos y santas, que empezando por vencerse á sí mismos, en largos años de mortificación concluyeron por asediar la bienaventuranza eterna, ganándola al fin para gloria suya y de la Humanidad?

En este recuerdo de Numancia igualo á sitiados y sitiadores en el ejercicio de la preciosa virtud. No vea el lector de una parte á los aliados y á los germanos de otra. He querido expresar la idea de que en la actual guerra no llegaremos á la paz sino por el camino de la paciencia. ¿Tardará veinticinco años la paz? Mi Fe me dice al oído que en la cronología moderna los años de Numancia se llaman ahora meses... Por lo demás, Francia, la encantadora y augusta Francia, es la que ha iniciado el sistema de guerrear esperando, ó de avanzar hacia el enemigo con paso de elefante cargado de razón, y llevando á su espalda enorme reserva de armas y municiones. La eficacia de esta lentitud abrumadora que acredita el genio de Joffre, se manifiesta en las victorias alcanzadas por los franceses recientemente, desalojando á los alemanes de gran parte de las trincheras en que se albergan. Pacien-

cia contra paciencia, los galos serenos y festivos arrebatan palmo á palmo el terreno en que clavaron su planta los cachazudos soldados de Guillermo II. A los últimos reveses de Alemania en la Champagne y en el Artois, añádase el descalabro en las colinas de Tahure, donde dejaron mil prisioneros. Y como la intensidad de la guerra en el frente ruso y en la frontera de Servia no les permite traer tropas á Occidente, Inglaterra, Francia y Bélgica empujan más cada día conservando su metódica fuerza, y una moral más preciosa que la fuerza misma.

En el pueblo inglés la potencia espiritual supera á cuanto puede imaginarse. Concertadas las

estas operaciones han conseguido reducir á los alemanes á la inercia... De las extraordinarias cualidades del soldado ruso ha dicho Enrique Lavedan: «Al nacer, ya presente su desierto gris. Por privilegio es inmune contra la distancia, cuya hostilidad desconoce. La distancia es su amiga, su bienhechora. La tierra, el cielo, la rudeza del clima y de las costumbres parecen también dar al ruso una potencia especial... De alta talla, hercúleos, de amplio pecho y miembros robustos, parecen nacidos para la cacería de grandes bestias. No siendo inmortal, el ruso puede morir, pero sin ser vencido.»

Claramente se ve ya que las naciones aliadas llevan la mejor parte en la dura contienda, y que los imperios centrales van muy de capa caída. El único punto obscuro y dudoso está en los Balcanes y en las aptitudes germanófilas de Fernando de Bulgaria, al parecer contrarias á la opinión de su pueblo. Contra lo que se creía, Bulgaria se obstina en atacar á Servia, olvidando su deuda de gratitud con Rusia; y en tanto, Grecia, que parecía inclinada á secundar la política militar de la Cuádruple, sale ahora con un protocolo de subterfugios y declaraciones equívocas que no acreditan la seriedad de sus hombres públicos ni de su soberano. La hermosa figura de Venizelos se ha obscurecido un tanto al atenuar hoy lo que ayer declaró ante la cámara de Atenas, y el rey Constantino, quitando y poniendo ministerios de una manera arbitraria y ridícula, y proclamando tan á deshora una neutralidad platónica que no corresponde á la gravedad de la crisis que conmueve á los países balcánicos, compromete la suerte presente y futura de la nación helénica.

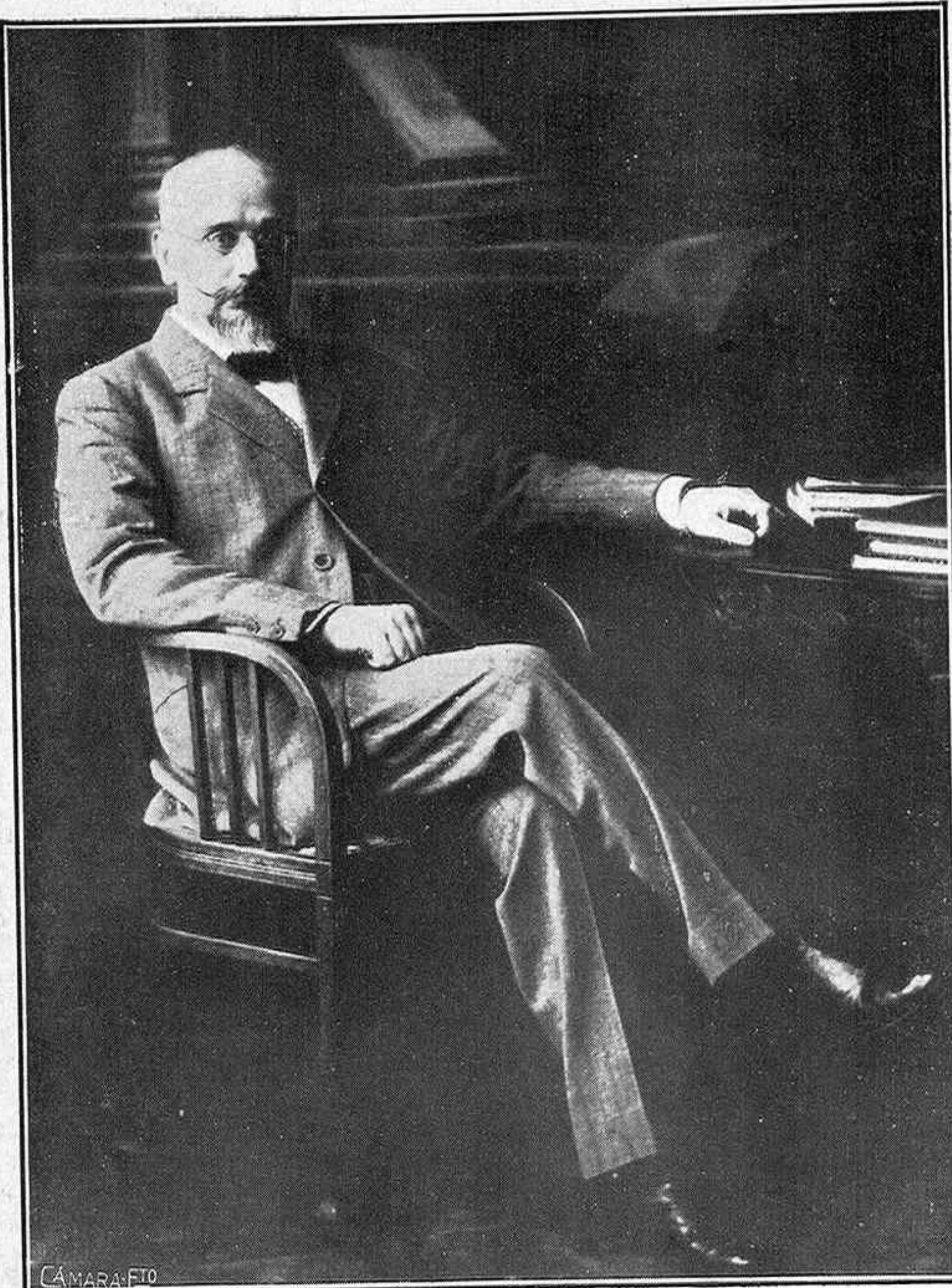
Si es lícito comparar las cosas grandes y transcendentales con las pequeñas de un orden familiar y humorístico, me tomo la libertad de indicar que los pueblos balcánicos recuerdan el gracioso barullo de *La casa de tócame Roque*, divertida creación de nuestro inmortal sainetero D. Ramón de la Cruz. Véase el enredo: Los griegos, coqueteando con Alemania, ven con gusto el desembarco de tropas francesas en Salónica; la escuadra rusa bombardea el puerto búlgaro de Varna; el ejército búlgaro activa su movilización y no puede impedir la desertión de sus soldados al territorio rumano; Venizelos declara con cierto lirismo que el acuerdo entre Servia y Grecia sigue en pie y no oculta su simpatía por los aliados; Fernando de Bulgaria se lanza contra Servia y su embajador en San Petersburgo desapruueba públicamente la actitud de su Soberano.

Si el Gobierno de Grecia se dirige á Francia declarando que observará una neutralidad *benévola*; en el ejército búlgaro hay 3.000 oficiales alemanes; Inglaterra dice á Grecia que todas las mercancías destinadas á Bulgaria sean consideradas contrabando de guerra; los socialistas búlgaros se declaran germanófilos; fuerzas alemanas se aproximan á Belgrado y aun parece que han entrado en la capital de Servia; Alemania y Bulgaria amenazan á Grecia; el Rey Constantino empieza á darse cuenta de que Grecia pagará los vidrios rotos...

Tal es, en rápidas indicaciones, el estado del nudo balcánico, que ha de ser deshecho ó cortado por fuerzas europeas de mayor fuste. Sin negar importancia á las familiares peleas entre los pueblos danubianos, conviene determinar que todo esto es accidental, un relieve, un adorno más en el fatídico monumento de la guerra europea. El desenlace, y con el desenlace la paz, no ha de ser dictado por las figuras menores, sino por los grandes caudillos que fulguran en el teatro-anglo-francés de Occidente ó en el vasto escenario Oriental de Rusia.

B. PÉREZ GALDÓS

Madrid, 10 Octubre 1915.



MR. VENIZELOS
Ex Presidente del Consejo de Ministros de Grecia

muchedumbres obreras con las altas personalidades aristocráticas y políticas, se ha llegado á un grandioso acuerdo para la producción fabulosa de municiones y para multiplicar el contingente de hombres en campaña. Después de las asambleas de Bristol y de las avenencias entre patronos y obreros, no se necesita alterar la complejión democrática de la Gran Bretaña estableciendo el servicio militar obligatorio, porque éste puede ser suplido por el alistamiento voluntario. Véase aquí el poder anímico de la raza inglesa y su influencia decisiva en las ocasiones más graves de la historia del mundo. Inglaterra es la razón, Francia la cultura, Bélgica la justicia, Italia el principio de nacionalidad, Rusia la fuerza numérica y extensiva. Este conjunto de pueblos resulta formidable y estético; es bello y práctico. Tan claro es su triunfo como la luz del Sol que nos alumbra.

En el frente ruso, los alemanes han perdido mucho terreno. Intentaron nuevas conquistas en Novo Alexandrof y en el Norte de los lagos del Drisdoty; pero fueron rechazados después de una terrible lucha de artillería. Además parece cierto que los rusos han obtenido una gran victoria en las cercanías de Dwinski, por la cual han podido seguir enérgicamente su ofensiva. En

LOS ÚLTIMOS COMBATES EN LA FRONTERA FRANCO-BELGA



ATENEOR DE
BIBLIOTECA
DRID

INFANTERÍA INGLESA ATACANDO Á LA BAYONETA UNA TRINCHERA ALEMANA

DIBUJO DE MATANIA

Durante los últimos y encarnizados combates sostenidos en la frontera franco-belga, que han constituido la gran ofensiva organizada por los generales Joffre y French, se han distinguido notablemente las tropas coloniales inglesas. Combates empeñadísimos todos ellos, fueron precedidos de una amplia preparación de la artillería y terminados siempre

con brillantes cargas á la bayoneta que ocasionaron á las fuerzas alemanas enorme número de bajas. El comportamiento de los regimientos ingleses en estos «cuerpo-á-cuerpo», ha sido verdaderamente admirable. El dibujo del ilustre Matania que publicamos da idea de lo sangriento de estos combates.

LOS GRANDES MINISTROS DE ANTAÑO

ALBERONI



ISABEL DE FARNESIO

la que formaban parte casi toda la grandeza de la Corte, numeroso pueblo y muchísimas cofradías religiosas.

Contemplando esta multitud desde una ventana de Palacio, dos personas de distinto sexo, de nacionalidad también diferente, y ambas extranjeras en España, á juzgar por el acento de sus palabras, sostenían, con cierto aire de misterio, no exento de socarronería por parte del varón, una conversación interesante.

—Tendremos que buscar otra mujer al rey—dijo la dama, con marcado acento francés—, y nombró seguidamente varias princesas de las diversas cortes de Europa.

Su interlocutor, que era italiano, fué suavemente, y casi con indiferencia, poniendo reparos á todas ellas, y concluyó con estas palabras:

—Necesitan, señora, una princesa dócil y amable, que no guste ocuparse en los negocios del Estado.

¿Y en dónde la hallaríamos?—respondió la dama.

—Yo creo que la más á propósito es la hija del último duque de Parma, Isabel de Farnesio. Es una buena muchacha, gorda, robusta, llena de vida, educada en la humilde corte de su tío y acostumbrada á no oír hablar más que de labores de aguja y de bordados.

El italiano que así hablaba era un oscuro eclesiástico llamado *Giulio Alberoni*; la dama que le oía, y que con la aceptación del nombre propuesto por aquél había firmado su caída y su destierro de la Corte, era la Princesa de los Ursinos, hasta entonces dueña omnímoda del poder en España por abdicaciones del Rey Felipe V y por la inocencia candorosa de la Reina María Luisa de Saboya, y la comitiva fúnebre era la de esta desdichada reina, primera mujer de Felipe V, muerta cuando apenas frisaba en los veintiseis años de edad.

Este Julio Alberoni, forma parte de la serie de grandes ministros de España en los pasados siglos, serie á que pertenecen Cisneros, Antonio Pérez, Olivares, Siete Iglesias, Macanaz, Aranda, Ensenada, Patiño, Riperdá, Esquilache, Jovellanos, Godoy y otros varios, por no citar sino los principales.

Julio Alberoni, conocido en la Historia por «el Cardenal Alberoni», fué uno de los hombres de vida más fantástica, accidentada y maravillosa que pueda soñarse. (*)

Hijo de un jardinero de Plasencia donde nació el 21 de Enero de 1664, no le dieron sus padres ni siquiera educación elemental, debiendo el comienzo de su fortuna á un sacerdote que lo tomó por acólito, le enseñó á leer y le colocó en un «Estudio de jesuítas».

Cuando salió de esta residencia dejó ya varias obras escritas que acreditaban su claro talento y su vasto saber.

Ya eclesiástico, y mayordomo del Arzobispo de Plasencia, conde Barni, fué designado como intérprete para tratar con el duque de Vendome cuando este famoso caudillo entró con sus tropas en Italia.

Con éste vino después á España, y nombrado agente secreto del duque de Parma, logró, como hemos visto, colocar en el trono de esta nación á la hija de su soberano.

Con tales títulos al reconocimiento de Isabel de Farnesio, llegó á ser muy pronto su confidente y consejero, permitiéndosele asistir á las

(*) Los datos relativos á la vida particular y política de Alberoni están tomados de la biografía de éste, por G. Moore, de la *Historia de Alberoni*, en italiano, y de las Memorias de Saint Simón, Noailles, Walpoli y otras.

sesiones del Gobierno, y concluyendo, en realidad, por ser el verdadero jefe del Gabinete.

Ambicioso de gloria, pero conociendo la debilidad de España después de trece años de guerra, refrenó las ambiciones del Rey, diciéndole: «Si consiente vuestra majestad en conservar su reino en paz por cinco años, tomo á mi cargo el hacer de España la monarquía más poderosa de Europa».

Y presentó, en efecto, y llevó á la práctica, ayudado por Riperdá, un vasto plan de Hacienda, consiguiendo extirpar abusos, ruinosos para la patria, reanimar la industria y el comercio, casi extinguidos en la nación, aliviar á los pueblos de pesadas cargas y crear un ejército relativamente fuerte y una armada poderosa.

Dividida ya la Corte en dos grandes partidos, uno francés y otro español, Alberoni fué el alma de éste y procuró con todas sus fuerzas emancipar á España de la servidumbre en que la tenía Francia.

Decidido el rey á declarar la guerra al emperador de Austria, que seguía titulándose rey de España y tenía un consejo presidido por el arzobispo de Valencia, Alberoni representó á Felipe todas las dificultades y los peligros existentes.

Sin embargo procede á hacer grandes preparativos bélicos con los cuales satisface al rey, infunde respeto al Austria, contenta al Papa, haciéndole creer que aquellos preparativos van contra los infieles; siembra esperanzas en Inglaterra, dejándola ver un próximo arreglo comercial, y á Francia la seduce con la creencia de restaurar su perdida influencia en España.

Felipe nombra ya públicamente á Alberoni su primer ministro, y el Papa le envía el capelo cardenalicio.

Entonces deja el antiguo abate ver toda su personalidad y sus alientos en servicio del rey, y más aún de Isabel de Farnesio; se decide por la guerra, y sólo cuando las fuerzas españolas salían de Barcelona, hizo saber que se dirigían contra el Emperador.

Europa quedó asombrada de la virilidad y el poder que había demostrado España, á la cual se consideraba en el mayor abatimiento, y sobre todo de la actividad y genio desplegados por Alberoni, que para continuar la guerra hizo verdaderas maravillas.

A todo esto, entre franceses y españoles, fraguaron una conspiración para dar á Felipe V el trono de Francia, lo cual, descubierto á tiempo, hizo que esta nación nos declarase la guerra.

ooo

Imposible es en tan breve espacio seguir el curso de la vida política de Alberoni.

La campaña, en la que tomó parte el mismo Felipe V, fué desgraciada, y torciéndose ya la feliz estrella del cardenal, todas las naciones parece que se coligaron contra su poder, más que contra la misma España.

Inglaterra se declaró en contra nuestra; murió Carlos XII de Suecia, en cuya amistad y pericia confiaba mucho Alberoni; sufrieron los españo-



EL CARDENAL ALBERONI



EL REY FELIPE V

les reveses en Sicilia; Holanda se decidió al fin á ponerse al lado de la triple alianza que nos combatía, y obligada España á hacer la paz cuando se enviaron á Inglaterra las proposiciones, el ministro inglés Stanhope hizo constar lo siguiente: «En saliendo de España el cardenal Alberoni, que ha de ser despedido de los negocios, no permitirán los naturales que recobre el poder».

¡Tan grande era el temor que les inspiraba! Pero no era hombre Alberoni que se dejara vencer tan fácilmente, y hubo que apelar á la ingratitude y á la traición para derribarle. Los mismos por quienes había acometido tales empresas y á quienes había servido tan espléndidamente fueron los encargados de aniquilarle.

El duque de Parma, molesto por la gran posición de su antiguo representante, de acuerdo con el Regente de Francia y con Lord Peterborough, en nombre de Inglaterra, decidieron á la reina, que todo se lo debía, á abandonarle.

Isabel Farnesio, ambiciosa é ingrata, convenció á Felipe de que debía arrojar del poder al cardenal, y el día 5 de Diciembre, después de estar la noche antes platicando amistosamente con los reyes, sin sospechar ni remotamente su desgracia, recibió un decreto que le exoneraba del cargo de primer ministro y le ordenaba salir del reino en el término de ocho días, plazo que se redujo á veinticuatro horas ante las muestras de simpatía y admiración que el pueblo de Madrid, siempre generoso, prodigó al destierro.

al cual antes aborrecía como extranjero, y ahora, estimaba por ver en él al hombre que había hecho gigantescos esfuerzos por volver á España á su antiguo nivel de gloria y poderío.

El Papa le negó la entrada en los estados pontificios, y por indicación de Inglaterra y Francia le despojó del capelo; Génova no se atrevió á admitirle, por miedo á las demás naciones; le negó asilo el duque de Parma, y hubo de refugiarse en los Montes Apeninos. Algunos años después—cuando cumplió los ochenta y ocho—, desvanecido en tanto el rencor que contra él alimentaban los poderosos de Europa (menos el de los reyes de España, que subsistió siempre), murió en la mayor pobreza, desempeñando el humilde cargo de vicedelegado del Papa en la Romaña.

El odio con se le persiguió, especialmente por parte de los reyes de España, fué injusto. —Jamás—dice un historiador contemporáneo— el poder de un hombre que no llevaba espada en su diestra, ni regía una nación poderosa, ha causado tan gran agitación en el mundo. El entretiene y engaña á Inglaterra, conspira contra Francia, halaga á Holanda, reconcilia á Rusia con Suecia y las convierte en instrumentos de sus planes; combate al Austria en todas partes, anima á los húngaros, ayuda á Venecia contra los turcos, juega con el Papa, se burla de la suspicacia de Víctor Amadeo, improvisa ejércitos y escuadras, resucita los astilleros de Cádiz y El Ferrol, fomenta la instrucción pública, establece talleres de equipo militar, crea fábricas de paños y de lienzos, empleando en ellas á los vagos y mendigos...

Ciertamente que no puede justificarse por completo tal conducta; pero si alguien tenía derecho á quejarse de ella, no eran los reyes de España, á quien denodadamente sirvió.

Además, tal política, era la preconizada en aquellos tiempos de poder personal; la misma de Richelieu y de Mazarino, sólo que á Alberoni le faltaron la suerte... y una nación poderosa en quien fiar.

—La desgracia—dijo él—es sinónimo de imprudencia. Y otros añadieron: «Cuando han de juzgarla los poderosos es signo de torpeza y de perfidia».

FERNANDO SOLDEVILLA

UN ARTISTA
ORIGINAL ::

MANUEL BUJADOS



MANUEL BUJADOS

EN la Exposición celebrada el año 1913 en el Centro Gallego y donde se revelaron artistas como el escultor Asorey y el pintor Juan Luis, presentaba éste último un retrato que nos interesó desde el primer momento.

Era el de un mozo apenas salido de la niñez. Las manos, finas y pulidas como las de un modelo de Van-Dick, surgían de entre unos vuelillos de encaje. También de un cuello de encaje muy descotado surgía la cabeza del muchacho, una cabeza enigmática, atrayente y al mismo tiempo hermética y fría, como los caminos del misterio. La nariz corva y los ojos algo salientes y de mirada burlona, la boca delgada, contraída en un rictus irónico. Era como un fauno que hubiese conocido los bellos días del Renacimiento italiano,

los bellos días del Renacimiento italiano, y que ahora, ebrio de civilización, contemplara al mundo desde sus cumbres espirituales y limpias de todos los secretos.

Como fondo del retrato se encendía una al modo de vidriera prerrafaélica. Pero de un prerrafaelismo en que Burne Jones quedara eclipsado por Aubrey Beardsley.

—¿Quién es?—pregunté al autor del cuadro.

—Manuel Bujados, un pintor gallego. Muy joven. Apenas ha cumplido veinte años. No ha querido exponer con nosotros. La gloria le tiene sin cuidado.

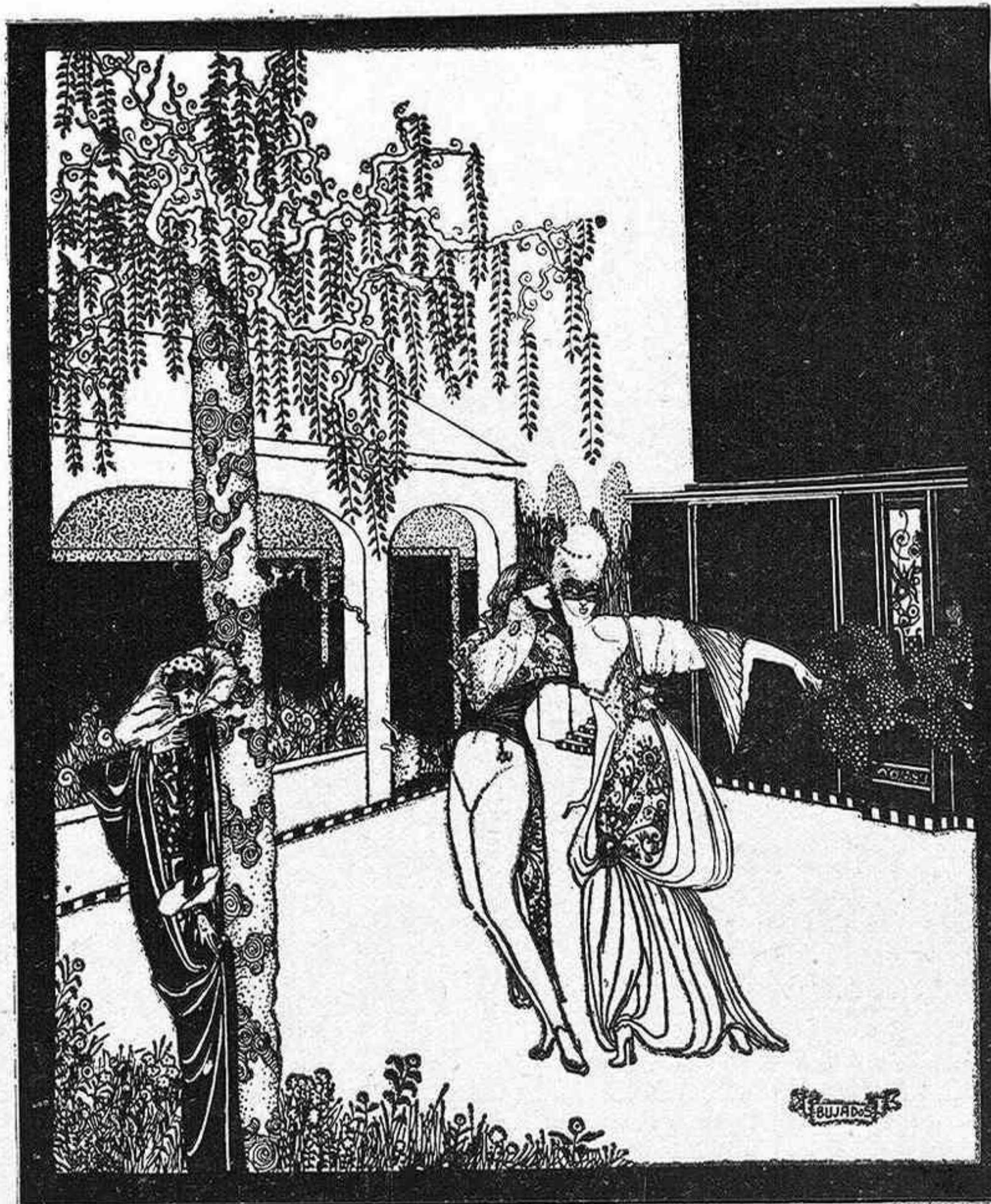
Pocos días después le conocí. Al mismo tiempo que su arte, que es el espejo á donde se mira, el libro de memorias con el que se confiesa.

Breve de cuerpo y avaro de palabras es el mozo. Antes de aventurar juicios y lanzar ataques, sondea mucho á su interlocutor. Frente á la vulgaridad tiene pudores nobles y altivos. Mientras observais un dibujo suyo, él os observa y sólo deja de sonreír cuando hallásteis los mismos senderos simbólicos que á él le llevaron á realizar la obra. Si no, sigue sonriendo, asintiendo á las opiniones absurdas, como Polonio á las figuraciones de Hamlet.

Sin embargo, entonces Manuel Bujados era un principiante de sus empresas estéticas. Iba un poco inseguro y vacilante. Las perversidades imaginativas y lineales le obsesionaban demasiado. Aun su sonrisa era tan impertinente como ahora es compasiva. Sus dibujos



"RETRATO ESPIRITUAL"



"SECRETO ENTRE TRES"

respondían á decadencias sensuales. Había que contemplarles á hurtadillas de la moral. Todo esto eran los orígenes de un arte que luego sería fuerte y sereno. En ciertas épocas de la vida, el problema sexual acomete á los hombres inteligentes como los dragones á los príncipes de los cuentos de ensueño. Hay más cerebralidad que experiencia en las páginas enfermizamente obscenas.

Luego el arte pasa como una mano estremecida de magnéticos flúidos sobre la frente prematuramente dolorida de pensamientos.

Es llegado el momento entonces de analizar al artista, porque ya el futuro no estará como antes preñado de rectificaciones, sino henchido de ratificaciones.

Manuel Bujados, por encima de su juventud, está ya en ese instante afirmativo y consciente. En poco tiempo se ha encontrado así mismo después de tanto buscarse en los dibujos y en los libros ajenos.

Entre las páginas atormentadas, calofrías, encendidas de salaces presentimientos, que firmaba cuando le conocimos, y éstas de ahora, en que Manuel Bujados llega á más depurada belleza, hay un breve período de transición que señalan los dibujos expuestos en el *Salón de Humoristas* del año 1914.

De entonces acá, Manuel Bujados ha enriquecido sus ideas y su técnica. Latentes quedan en él todos los méritos adivinados en la mocedad; pero ya no son tan inconscientemente obscenos, no se entenebrecen de desorientación como antes.

Fácil sería hallarle precursores artísticos y literarios. El padre espiritual de tantos dibujantes contemporáneos, Aubrey Beardsley, parece haber guiado sus primeros pasos.

Es suntuoso y sencillo, emocionado é impasible, minucioso y amplio. Tan pronto se arabesca su arte en lánguidas curvaturas femeninas, como evoca alturas de surtidor, de azucena ó de plegaria en un impulso ascéticamente místico.

Es complejo como la parte de nuestro siglo que se apartó voluntariamente del resto demasiado prosaico.

En cuanto á su técnica, nos sorprende y maravilla. Tiene paciencias de oriental y brillantes de esmaltista. Sus figuras destacan de fondos irrealmente, vestidas, enojecidas de un modo fantástico, que participa de todos los siglos pretéritos. No podríais decir en qué año, hundido ya, se encontrarían las almas gemelas de estos personajes de Manuel Bujados. Son de ayer y de hoy y de mañana, porque son nuestros ensueños con humanas corporeidades y magnificados con aquella suntuosidad que quisiéramos todos legar la herencia de nuestros pensamientos...

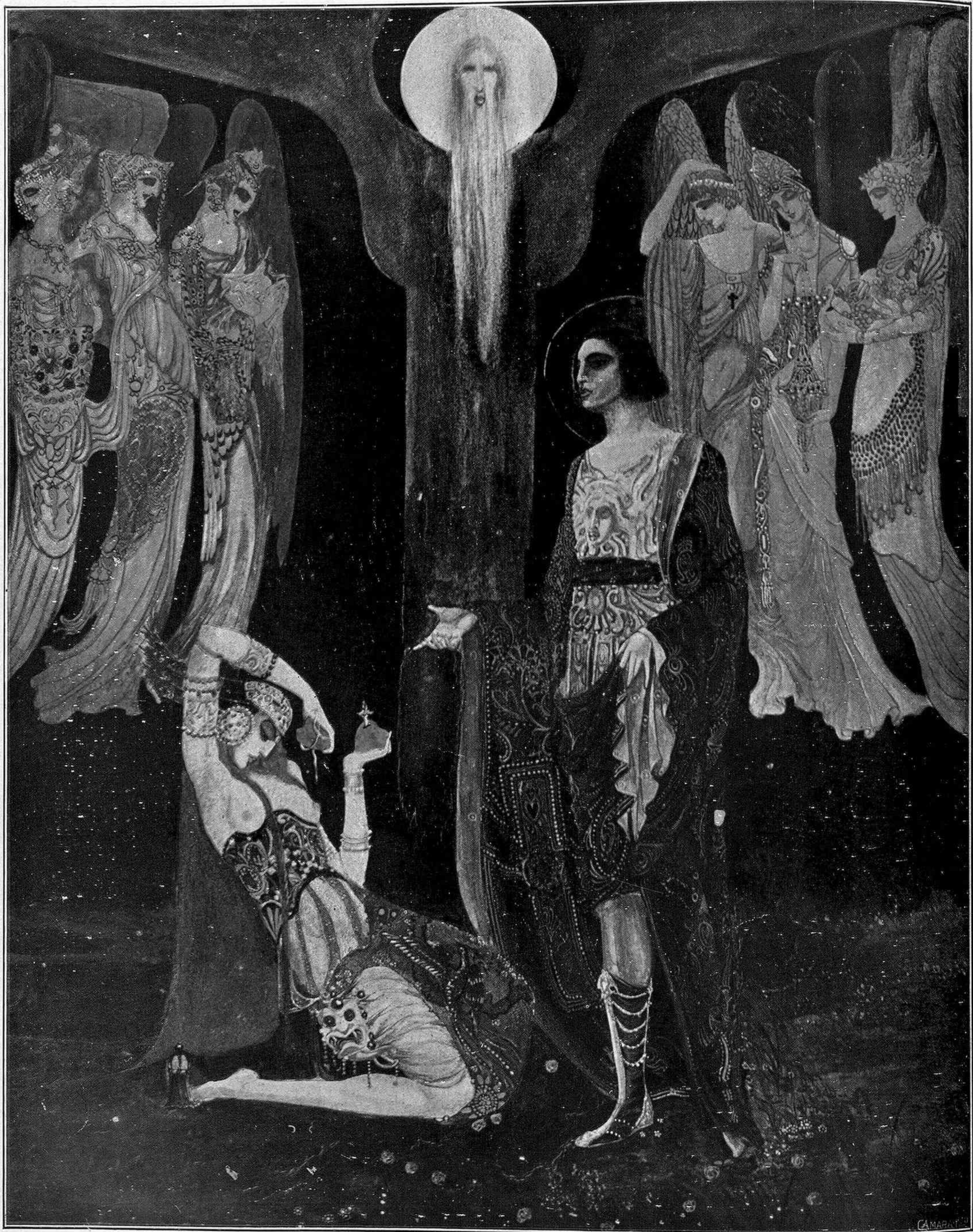
Finalmente, este mozo de los ojos zahoríes y los labios irónicos, y la faunesca nariz, no se limita á fijar en líneas y colores su belleza interior, sino que también la expresa en palabras que cantan. Porque Manuel Bujados escribe poesías que tienen la refulgencia gémica de sus dibujos...

SILVIO LAGO

ATENE DE
BIBLIOTECA
MADRID

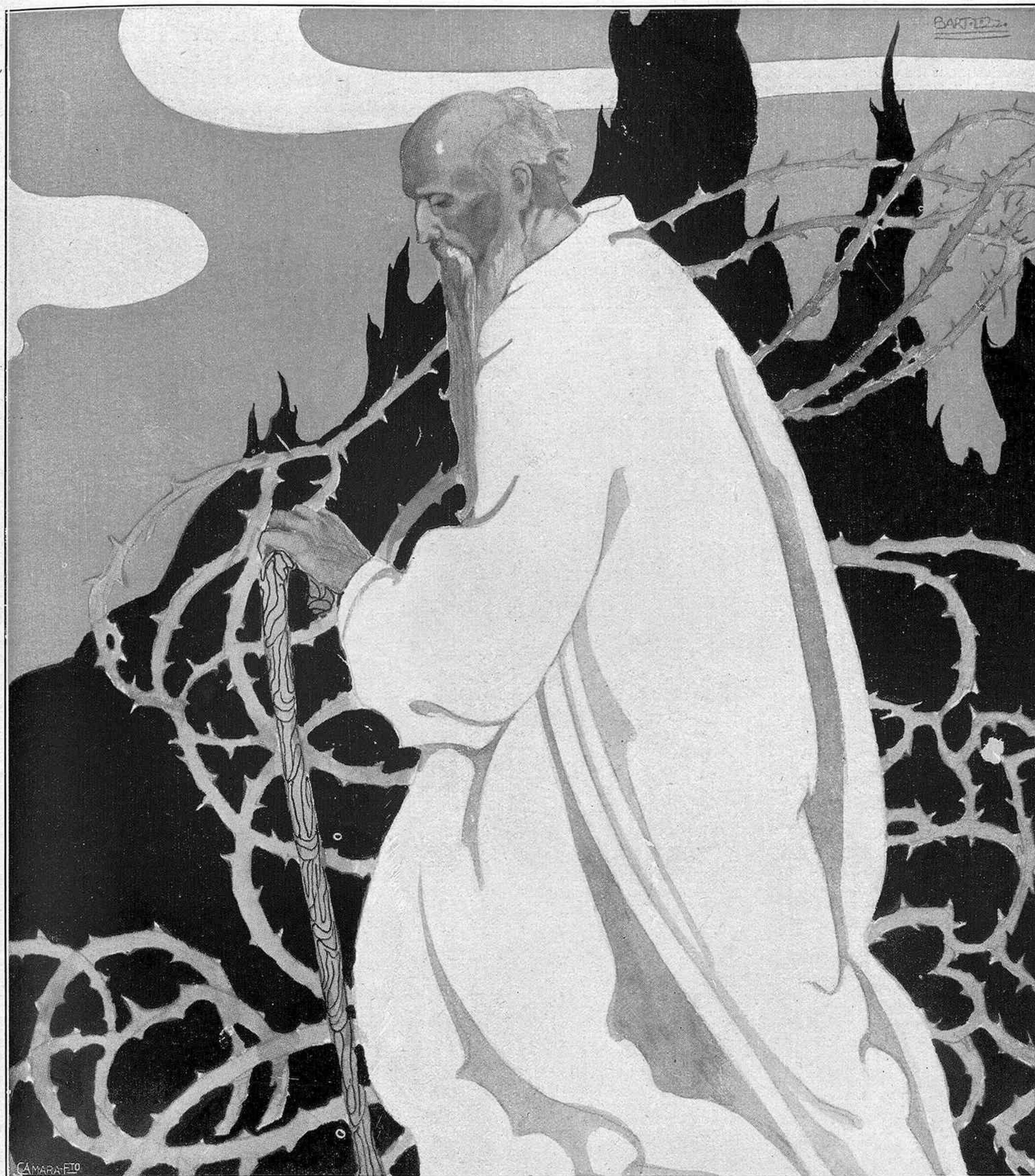
LA ESFERA

ARTE MODERNO



MÁS ALLÁ DEL AMOR, dibujo de Manuel Bujados

ATENEÓ DE
BIBLIOTECA
MADRID

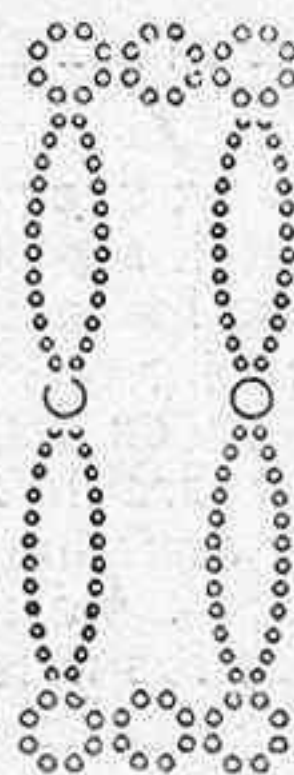


De los poemas búdicos

Al cruzar los caminos, el viajero decía
—mientras lento su báculo, con tedioso compás,
las malezas hollaba, los guijarros hería—
Al cruzar los caminos, el viajero decía:
«¡He matado al Anhelado, para siempre jamás!»

«¡Nada quiero, ya nada: ni el azul ni la lluvia,
ni las moras de Agosto ni las fresas de Abril,
ni amar yo á la trigueña ni que me ame la rubia,
ni alabanza de docto ni zalema de vill!»

«¡Nada quiero, ya nada: ni salud ni dinero,
ni alegría ni gloria, ni esperanza ni luz.



»Que me olviden los hombres y en cualquier agujero
»se deshagan mis carnes, sin estela ni cruz!»

«¡Nada quiero, ya nada: ni el laurel ni la rosa,
ni cosecha en el campo ni bonanza en el mar,
ni sultana ni sierva, ni querida, ni esposa,
ni amistad ni respeto!...

Sólo pido una cosa:
»¡Que me libres, oh, Arcano, del horror de pensar!»

AMADO NERVO

DIBUJO DE BARTOLOZZI



BALCONES ANDALUCES

SUCEDIÓ que un ilustre viajero francés entró en España por Andalucía. Y como observase la profusión de rejas, dicen que preguntó á su *cicerone* la causa de haberse convertido en cárceles todas las viviendas, fuera de sus tinglados de hierro, con un aspecto tan apacible. De improviso, y antes que el guía contestara, vino á mostrarse detrás del herraje, y entre unas varas de nardos, una mujer. Al verla, replicóse á sí mismo el extranjero:

—¡Ah, ya! Robarían las mujeres, por bonitas, y hay que guardarlas del ladrón.

Entonces los franceses gastaban frac azul, con botones dorados, y sabían de memoria los versos de Musset... Para nadie es secreto aquí la razón adivinada por la agudeza del turista de antaño, y aun la completaríamos con otra no menos decisiva en el ánimo de los hidalgos béticos: tanto el miedo al galán tenorresco, influyó en la construcción de las rejas, la desconfianza en la hembra, recelo heredado de los árabes.

La extrañeza del gabacho, y el oriental motivo de fabricarse las rejas, demuestran á las claras cómo tal uso y defensa pertenecen exclusivamente á España. Creyó el *monsieur* que las rejas caracterizaban nuestro país. Por otro lado, en ninguna parte que sea lugar de morería con harén, existen las tradicionales inquietudes ibéricas con respecto á la amante, la hermana, la hija... En el fondo, bajo la capa del desprecio á las nativas virtudes femeninas cuentan que se oculta un fervoroso cuidado de la Eva española, que se desea sin mancha... Otro contraste del pueblo de las paradojas...

En efecto, y tornando al tema de la herre-ría moralizadora y nacional, de cuantos adornos puede lucir en su fachada un caserón solariego, únicamente la reja tiene su origen en nuestras costumbres. Los escudos heráldicos se hallan en cualquier latitud, que por todas ha pasado la humana vanidad. Caprichos decorativos, y farolas, y retablos, tampoco se inventaron por nuestros abuelos. Los balcones, invención exótica y relativamente moderna, los hemos traído de Italia, como la novela, como los más suaves vocablos cervantinos, como la túnica de la musa de Garcilaso, y muchos instrumentos músicos, y tantos y tantos cuadros bellísimos, armoniosos y rientes, y, en fin, la ráfaga de alegría y sensualidad



Puerta y balcón artísticos en Ecija (Sevilla)



Balcón artístico en una casa antigua en Cabra (Córdoba) FOTS. CASTELLÁ



Cabra.—Casa donde nació el escritor D. Juan Valera

perdido aún el instinto, ya que no de la belleza, de una discreta oportunidad. Por ejemplo: La Italia principesca y monumental, repetía, multiplicaba sus balcones de piedra, los balaustres de mármol. Nosotros, pensamos que los ambarinos bloques y las terrosas paredes, requerían, como su adecuada rima, el hierro, mejor que la albura y majestad de los mármoles, y así se aplicaron los maestros rejeros á machacar en sus yunques, las caladas barreras que apresaban las faldas de las majas, con una red comparable á las blondas de la almagreña mantilla...

Aquellos balcones de aquellos días—y de aquellos nocturnos!—ya se enmohecieron, ya se descascarillaron, con el orín. Ya no se abren, y sus vidrios turbios, en las casonas abandonadas, semejan á las pupilas de los muertos.

dad que atravesó la estepa castellana en el siglo xvi...

Su procedencia explica el carácter de los balcones. Advertid cómo la baranda incita á colgar el busto en el aire callejero. No se olviden las facilidades de una balaustrada para la pompa de un flotante damasco. El antiguo temple ibérico no se aficionaba de la libertad y la fastuosidad. Forjábamos y clavábamos las rejas, que sellan una morada. El balcón, amplio y prolijo, en mitad del frontis, recuerda esas cadenas de oro que los cortesanos lucían en el pecho. Amantes, hermanas é hijas, se asomarán á los balcones para oír la serenata al estilo de Florencia, la divina *Firenze*, que aun sigue teniendo más despachos de flores que panaderías.

Por fortuna, la importación se efectuó en tiempos históricos ya remotos, y en aquel entonces no se desconocía el arte de adaptar, injertar, fundir lo extraño y nuevo con los venerables arcaísmos. Ahora no vacilamos en vestir á los Guardias Municipales, que poco á poco van hundándose en el asfalto reblandecido por el calor, con los cascos y los capotes indispensables á los policías en las brumas londinenses. Repetimos que en aquel entonces no se había

FEDERICO GARCÍA SANCHIZ

CUENTOS ESPAÑOLES

EL RETRATO

LAMABA la atención y, hasta despertaba envi-
día aquel grupo.

Los padres eran jóvenes; apuesto y simpático el hombre; hermosa la mujer, con un pelo rubio recortado en melena, sus negros y llamantes ojos, su boca de bermejos labios, siempre abierta en sonrisa para mostrar los iguales y blancos dientes; seductora cabeza á la que servía de sostén un cuerpo parejo al de las Venus de Rubens, solo que más airoso, con gallardías andaluzas en el lineaje.

El niño era un primor. Mariano Benlliure ha esculpido muchos así. Cuando correteaba por los andenes del Parque del Oeste, extendiendo al aire los brazos, parecía que iba á volar.

Del padre tenía el azul de los ojos. De la madre las transparencias de la piel y los oros del pelo.

Con su voz hacía competencia á los pájaros; con sus juegos, á las mariposas. Tres años contaba.

Su padre era artista; joven, pero con renombre bastante á proporcionarle bien retribuída fama; su madre, loca estaba con el chiquillo. Cuando éste reía, reía la madre á compás de él con risa metálica, un poco falsa en los agudos.

Habitaban una vivienda inmediata á la mía. Los balcones en floridos, eran un mirador de amantes. Y bien podían serlo, que en las tibias noches estivales, asomábase el matrimonio por entre las rosas, las hortensias y los claveles, acariciándose al resplandor suave de los astros. Sus besos llegaban á mí alcahueteados por las hondas del aire y por el olor de las flores.

A tales horas el chiquillo dormía.

Motivos sobaban para la envidia noble que aquella familia despertaba en la vecindad. Todo era á su favor; en ellos juventud, amor, bienandanza, y salud y belleza en su criatura gentil.

Cuando asentaban en un banco del Parque del Oeste, vigilando el esparcimiento de su hijo, yo desde un banco, frontero al suyo, gozaba con su felicidad.

Algunas veces el niño venía hasta mí, entraba á saco en mis cuartillas y me pedía con acento imperioso un «apiz» que yo me apresuraba á entregarle para que, sentado á mis pies, llenase las cuartillas, que antes me arrebatara, de trazos irregulares y estrambóticos.

Fué el niño intermediario de amistad entre sus engendradores y yo.

Simpaticé con el artista, primero, por razones de oficio, después porque me atraieron las bondades de su carácter.

—Si la buena suerte me sigue acompañando— solía decirme—, contando como cuento con el amor de mi mujer y con la fortaleza y las gracias de esa criaturita, el mundo es mío. ¿Quién más felices que nosotros? ¿Verdad Magdalena?

—Claro—respondía la esposa.

Al decirlo toda su pupila era luz; toda su boca era sonrisa.

Luego quedaba como abstraída y sus dedos se recogían contra las palmas de las manos. Era esta acción rápida, de inconsciente felicidad.

Mi vecino dejaba su casa todas las tardes, á poco de comer y no regresaba hasta la noche. Trabajaba en unos talleres de grabado y su trabajo en ellos constituía la base principal de sus atenciones mensuales.

Mi vecina salía á despedirle, generalmente con el chiquillo en brazos.

Luego asentaba en el balcón, distrayéndose en hacer encaje de bolillos ó jugueteando con el encantador rapaz.

Cuando se inclinaba sobre la labor, dejaba entrever por la abertura de su chambra, una nuca de dorada entonación. Contra ella se retorcián, en diabólicas espirales, rubios y sedosos ricitillos.

Más tarde iba con su hijo y una niñera en dirección del Parque del Oeste. Raras veces llegaban hasta él. Solía hacer alto en las explanadas que enfrentan con la Cárcel Modelo, para pre-

Magdalena, reclinada en el antepecho, dando á la atmósfera el sensual desnudo de sus brazos, sonreía al capitán de husares.

ooo

A mí acudió en su tremenda angustia. Yo era su único amigo.

—¡Se ha ido!—sollozó echándose en mis brazos—. ¡Se ha ido anoche, en el tren expreso de Irún!... ¡Lo he sabido hace una hora, después de horas y horas de incertidumbre horrible!... ¡Se ha ido con otro hombre, abandonando á su hijo, á la criatura que ríe allá dentro sin saber—ojalá fuera por siempre su ignorancia—que ha quedado huérfano de una madre viva!

—¡Animo!...

—Lo tengo, por lo que á mí toca lo tengo. Fuera mentir negarle que quería con toda mi alma á esa mujer. Pero también le juro que sabré

arrancarla de mi alma. Lo que me desespera, lo que me quita reflexión y valor es el niño. ¿Qué decirle ahora cuando me pregunte por su madre? ¿Qué responderle, cuando, ya con discernimiento, repita su pregunta?

Y el artista, dejándose caer en el sillón, inmediato á la mesa de su despacho, ocultó entre sus crispados puños la cara y lloró silenciosamente.

Las lágrimas corrían al largo de sus dedos.

De pronto sus ojos se clavaron en un retrato que presidía aquella mesa. En él estaban juntos tocando hombro con hombro, la fugitiva y el esposo infeliz.

—¡No!—dijo éste—¿Juntos?... ¡Nunca! ¡Ni así!

Y cogiendo con manos nerviosas el retrato, lo partió en

dos trozos, apartando, separando las dos imágenes.

Después arrojó los pedazos al suelo y salió de la habitación murmurando.

—Espérense ustedes. Tardo poco. Necesito tomar ciertas medidas, le ruego que me acompañe. ¿Quiere?

—¿A qué preguntarlo?

ooo

El niño entró en la habitación. Sonreía su boca con igual sonrisa que siempre; pero en sus ojos había una expresión de asombro.

—Mamá no *vene*—dijo.

De pronto se fijó en los pedazos del retrato que su padre arrojara al suelo.

—¡Papá!... ¡Mamá!... Exclamó, recogiendo con sus manecitas los rasgados cartones.

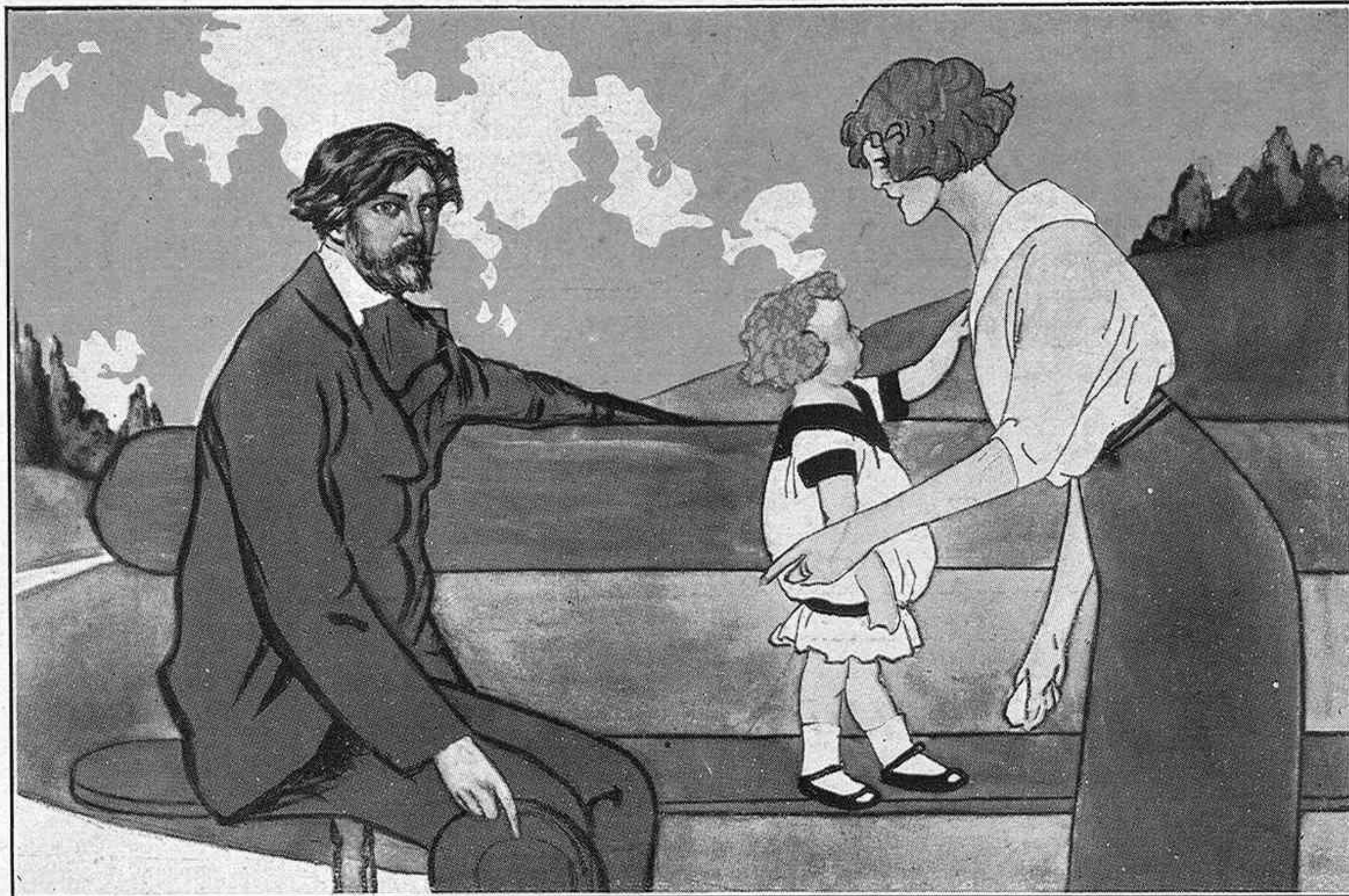
Gravemente, solemnemente, asentó en la alfombra y puso su empeño en unir aquellas dos figuras, en que una vez unidas, se mantuvieran firmes formando como antes una unidad de amor.

—¡No *pero!*... ¡No *pero!*... mimoseaba el chiquitín. ¡No las *pero* apegar! ¡El papá y la mamá!... ¡No *pero* juntalos!... ¡Han *rompido* al papá y á la mamá del nene!...

Y la criaturita rubia rompió á llorar amargamente sobre las dos rotas imágenes.

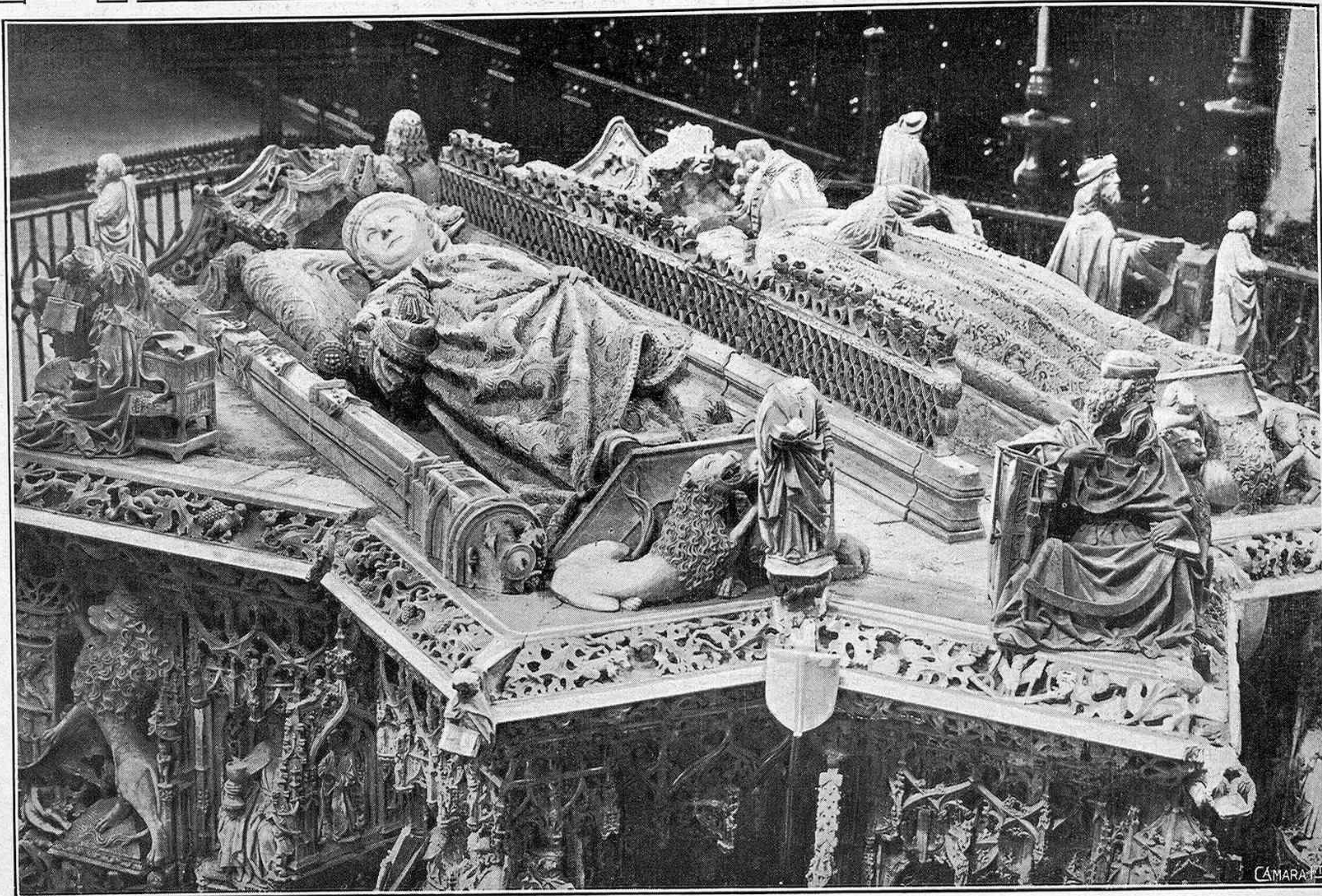
JOAQUIN DICENTA

DIBUJO DE ECHEA



BIENHECHOS
BIBLIOTECA
MADRID

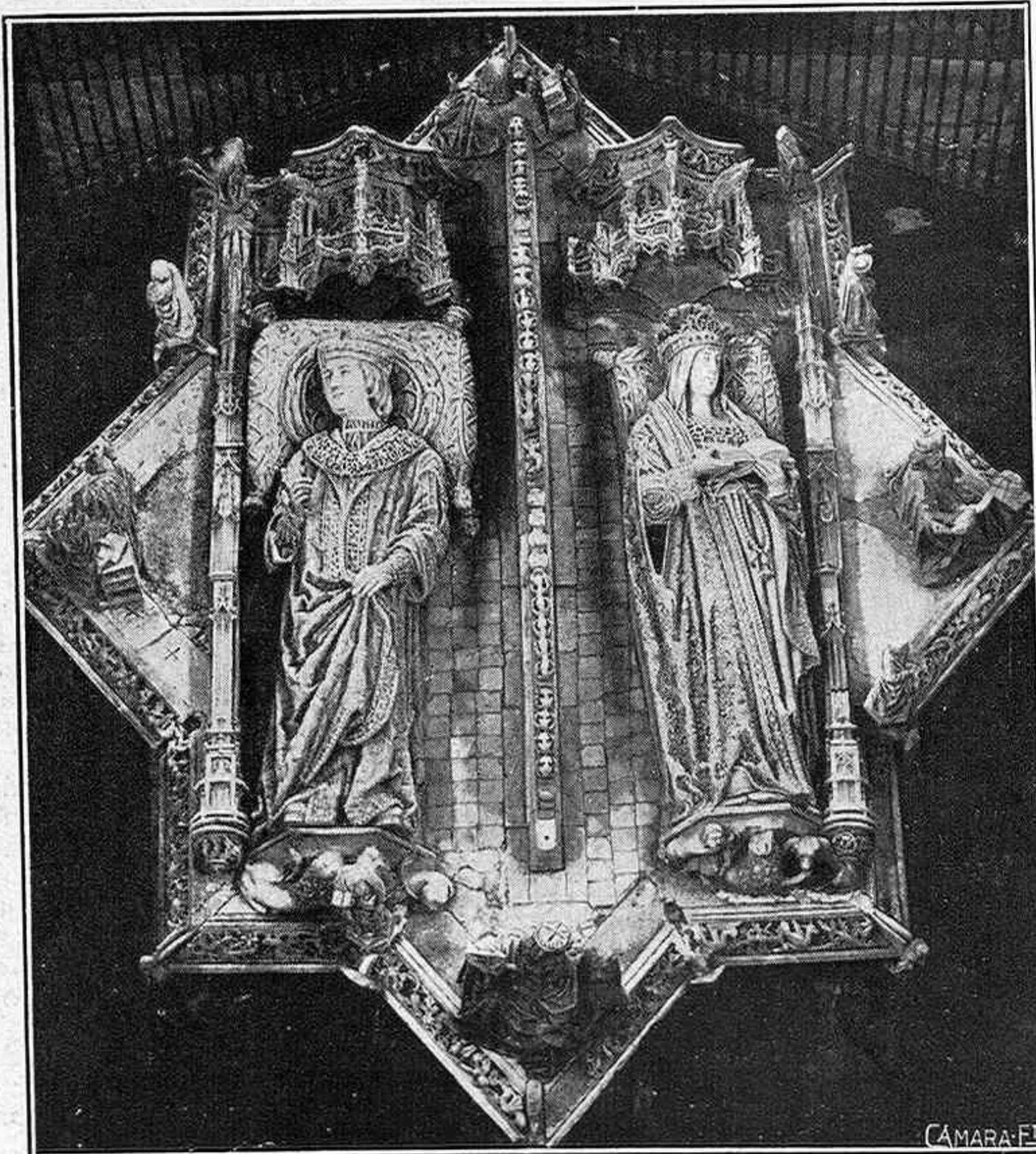
PIEDRAS DE LA NACIÓN LA CARTUJA DE MIRAFLORES



Sepulcro de D. Juan II y Doña Isabel, en la Cartuja de Miraflores, del que han desaparecido las cuatro figuras que decoraban sus ángulos

Los no eruditos hemos sabido con estupenda sorpresa ahora, que la admirable Cartuja de Miraflores, no es monumento nacional. Esto quiere decir en el abominable lenguaje burocrático, que el Estado, mejor dicho, el Gobierno, no tiene jurisdicción sobre aquellas piedras. Así, de ellas puede disponer, según hemos leído, una jurisdicción que por muy respetable que sea, no puede ser sino depositaria de ese edificio, construido enteramente con dinero de la Hacienda Real, cuando la nación no tenía otra. En otros lugares cabrá discutir; ahí ni eso siquiera. No discutirlo sino regatearlo, le costó la cabeza al buen D. Alvaro de Luna. Era el valido todavía dueño del ánimo de D. Juan II, cuando éste concibió la idea de convertir en templo para su sepulcro el Palacio Real de Miraflores, que su padre Enrique III había alzado en las cercanías de Burgos, en medio de un parque frondoso que cruzaba el Arlanzón. ¿Por qué se oponía D. Alvaro á este designio? No se sabe; acaso porque imaginara que la idea había sido sugerida al Rey por el famoso obispo de Avila á quien en las Letras conocemos con el apodo del *Tostado*, ó por otro obispo singular, D. Alonso de Cartagena.

El caso es que esta enemiga de D. Alvaro á la creación de la Cartuja de Miraflores es la gota de agua que colma la medida del vaso en la indignación del Monarca y cuando le acusa dice de él: «Y así mesmo turbando y embargando que yo no edificase ni



Otro aspecto del panteón de D. Juan II y de Doña Isabel, en Miraflores

construyese la iglesia y monasterio de Miraflores, que yo elegí para mi sepultura, ni librase ni pagase los maravedís que yo para ello mandé dar...» Y ese YO que ahí se repite, que edifica y construye, que elige, libra y paga y manda dar, no es la Mira ni la Orden cartuja, sino el Rey entonces; el Estado luego; la nación en ambos regímenes.

Y si ese fragmento de la circular de D. Juan II, justificando la condena y muerte del valido D. Alvaro de Luna, no fuese ó pareciese título bastante de propiedad, henos aquí ante Isabel la Católica. Mediada estaba la edificación, que ella costeaba é impulsaba, queriendo cumplir el deseo de Juan II, cuando llegaron de Flandes unas magníficas vidrieras para ser colocadas en los altos ventanales de la iglesia. Vió la Reina que en una de ellas había un escudo.

—¿De quién son estas armas?— preguntó.

Andrés de Rivera, que era gobernador de Burgos, y cuidaba de la edificación de la Cartuja, le repuso:

—Son, señora, de Martín de Soria, que ha regalado estas vidrieras.

La Reina pidió una espada é hizo añicos la que contenía el escudo, diciendo:

—En esta casa no debe haber más armas que las de mi padre.

Esto no era una idea sugerida momentáneamente ni un capricho pasajero. El mismo suceso se repite poco después. El 25 de Junio de 1484—documentalmente está consignada la fe-

cha—, se colocan los escudos de Castilla, León, Aragón y Sicilia, sobre la puerta. La Reina al verlo se indigna.

—¿Por qué— dice— en la casa de mi padre se ponen otras armas que las de Castilla y León?

¡La casa de mi padre! Es una verdadera obsesión esta idea en Isabel la Católica. Acabada la edificación, instalados en ella los cartujos, concluidos los portentosos sepulcros por Gil de Syloe, el Prior acudió á la Reina pidiéndole que le permitiese enterrar en las capillas de la iglesia á algunas personas nobles y admitir donaciones, como hacían los demás conventos. La Reina se mostró dolidá y enojada.

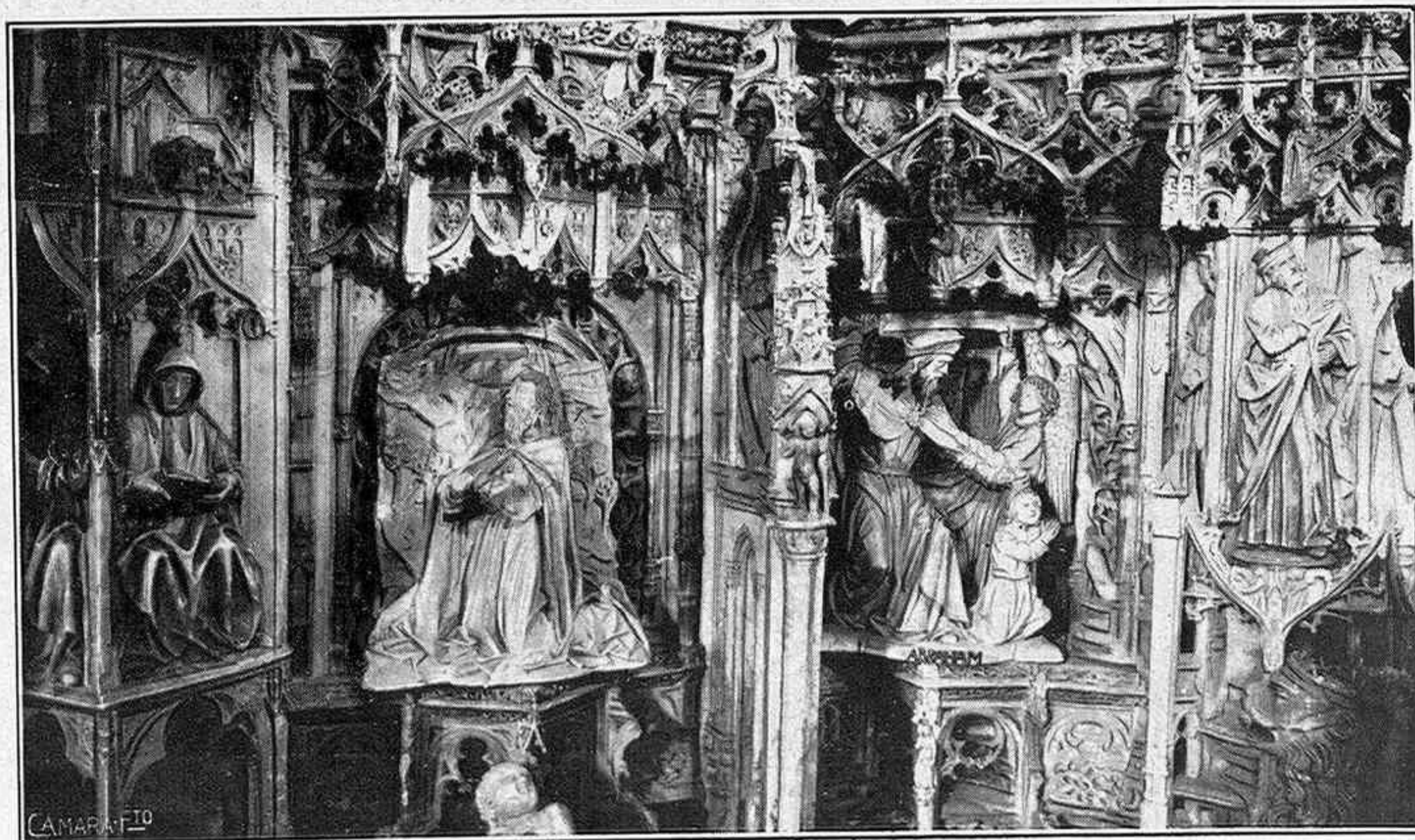
—¿Tenéis necesidad de algo?—dijo—. Cuando necesitéis dinero recurrid á mí, y básteos tener solos los cuerpos de mis padres y hermano, que harto deberíais honraros con ello.

Y ahora ha acontecido que el Conde de las Almenas, cuyo amor á las Bellas Artes y mucho entendimiento en ellas, se viene dando á conocer, acusó de abandono á la Junta provincial de monumentos de Burgos, porque no clamaba los destrozos que el tiempo, con su pasar ciego, y los hombres, con su más ciega incuria, vienen produciendo en aquella portentosa catedral. La Junta, acaso en represalia, se presentó en la Cartuja de Miraflores haciendo declarar al Prior que la hermosa mirilla gótica (mal ó bien llamada así), que era gala de la puerta de entrada en pareja con un prodigioso aldabón que fué antaño robado y para siempre perdido, había sido traída á Madrid y reproducida y colocada en el lugar de la original y que también habían sido quitadas unas estatuas, para restaurarlas, del sepulcro prodigioso en que se guardan los restos de D. Juan II y Doña Isabel de Portugal. El Conde de las Almenas, en respuesta, ha justificado sus nobles propósitos y enumerado las muchas obras que, con permiso del diocesano, lleva hechas en la Cartuja de Miraflores.

A la vez, con la oportunidad admirable de nuestra estupenda burocracia, cuando se han producido estas acusaciones, ha enviado el Ministerio de



Mirilla gótica en la Cartuja de Miraflores, que ha desaparecido, siendo substituída por una reproducción



Detalle del panteón de D. Juan II y Doña Isabel

Instrucción pública á la Academia de Bellas Artes de San Fernando, para que dé su informe, el expediente declarando monumento nacional la Cartuja de Miraflores.

¿Existía comenzado este expediente? ¿Se ha comenzado ahora? Tanto importa. Los franceses nos hicieron el honor de saquear ese monasterio, como otros tantos.

Luego, extinguida en España en 1835 la Orden de los Cartujos, siguió siendo robado con toda libertad y gracias que fué respetado el sepulcro de los reyes y del infante y no hicieron con ellos lo que con las admirables estatuas de piedra de la Cartuja de Arriago, que las calcinaron y machacaron para convertir las en cal... Pero por el año 1877, según consta en la *Guía de Burgos* que publicó D. Antonio Buitrago, la Cartuja de Miraflores estaba á cargo de la *Comisión provincial de monumentos históricos y artísticos...* ¿Cómo y cuándo ha dejado de ser monumento nacional y ha dejado el Estado de tener jurisdicción en el Monasterio?

Cualquiera de estas ocasiones sería adecuada para que el Estado hiciese una declaración pública y formal de que las antigüedades históricas y artísticas no tienen otro dueño que la nación. Sería ese el único medio de acabar con el saqueo de las sagradas piedras y las telas y los forjados, únicos restos que quedan á España de su grandeza y poderío. Lo ocurrido en la Cartuja de Miraflores es un aviso. Del mismo modo que el conde de las Almenas, con loable propósito, ha podido retirar esculturas y forjas, las ha podido retirar un chamarilero para venderlas en el extranjero. Del mismo modo que ha quedado entregado á una jurisdicción ajena al Estado, la Cartuja de Miraflores, que á lo sumo podría pertenecer al Patrimonio Real, como El Escorial, hay numerosos conventos y viejos edificios y fundaciones benéficas, con obras de arte que se han ido malbaratando.

Si Isabel la Católica pudiera estar entre nosotros—¡oh, los tiempos de grandeza idos para no volver!—, repetiría al Prior codicioso, que en la casa de su padre sólo ella era dueña. Y ella es España.

BIBLIOTECA
MADRID

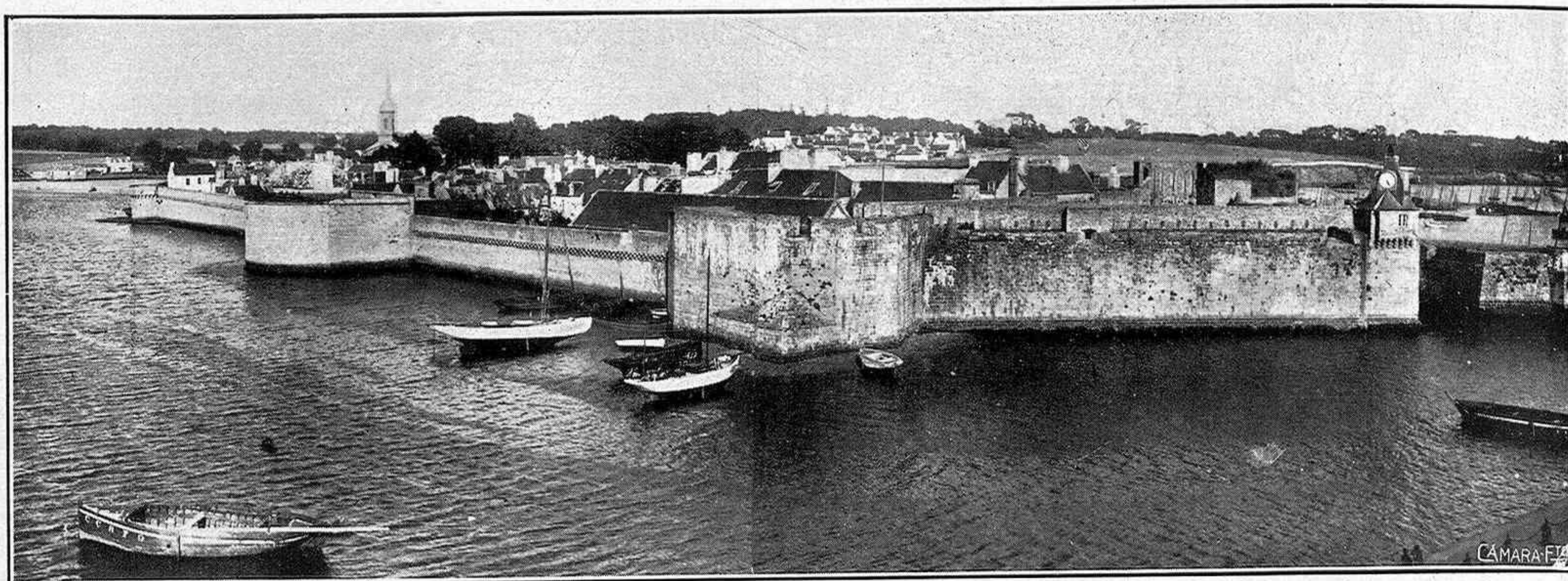


UN TRASATLÁNTICO HUNDIDO POR LOS DISPAROS DE UN ACORAZADO ALEMÁN EN EL MAR DEL NORTE

Dibujo de Verdugo Landi



POR TIERRAS DE BRETAÑA
LA PATRIA DE DU GUESCLIN



Vista de la antigua barriada de Ville-Close, en Concarneau

Los pueblos más simpáticos por su pintoresca belleza, por su encanto sugestivo, no suelen ser los más grandes ni los que mayores perfeccionamientos consiguieron, sino los que al través de las vicisitudes de la Historia, de las imposiciones del progreso, del contacto con las populosas ciudades que perdieron su fisonomía en el cosmopolitismo, que las engrandeció, supieron conservar su carácter primitivo, sus antiguas costumbres, sus tradiciones y sus leyes, las vestiduras típicas que tan pintoresco aspecto ofrecían y el idioma en que se crearon y se desarrollaron.

Bretaña, reino en remotos días, condado más tarde y mínima porción del territorio francés actualmente, es uno de esos países que han sabido conservar su carácter propio, sin que los cambios de soberanía que sufriera, pudiesen transformar sus costumbres, su aspecto, sus tradicio-

nes, ni aun sus leyes. Lo mismo bajo el Gobierno de sus *teirns*, trescientos años antes de la Era Cristiana, que dominados por los condes, ó sometidos á la Corona francesa y actualmente á la República, los bretones han vivido con sujeción á los antiguos usos, sin que ni en sus creencias ni en sus costumbres determinara un cambio sensible la influencia de los extraños.

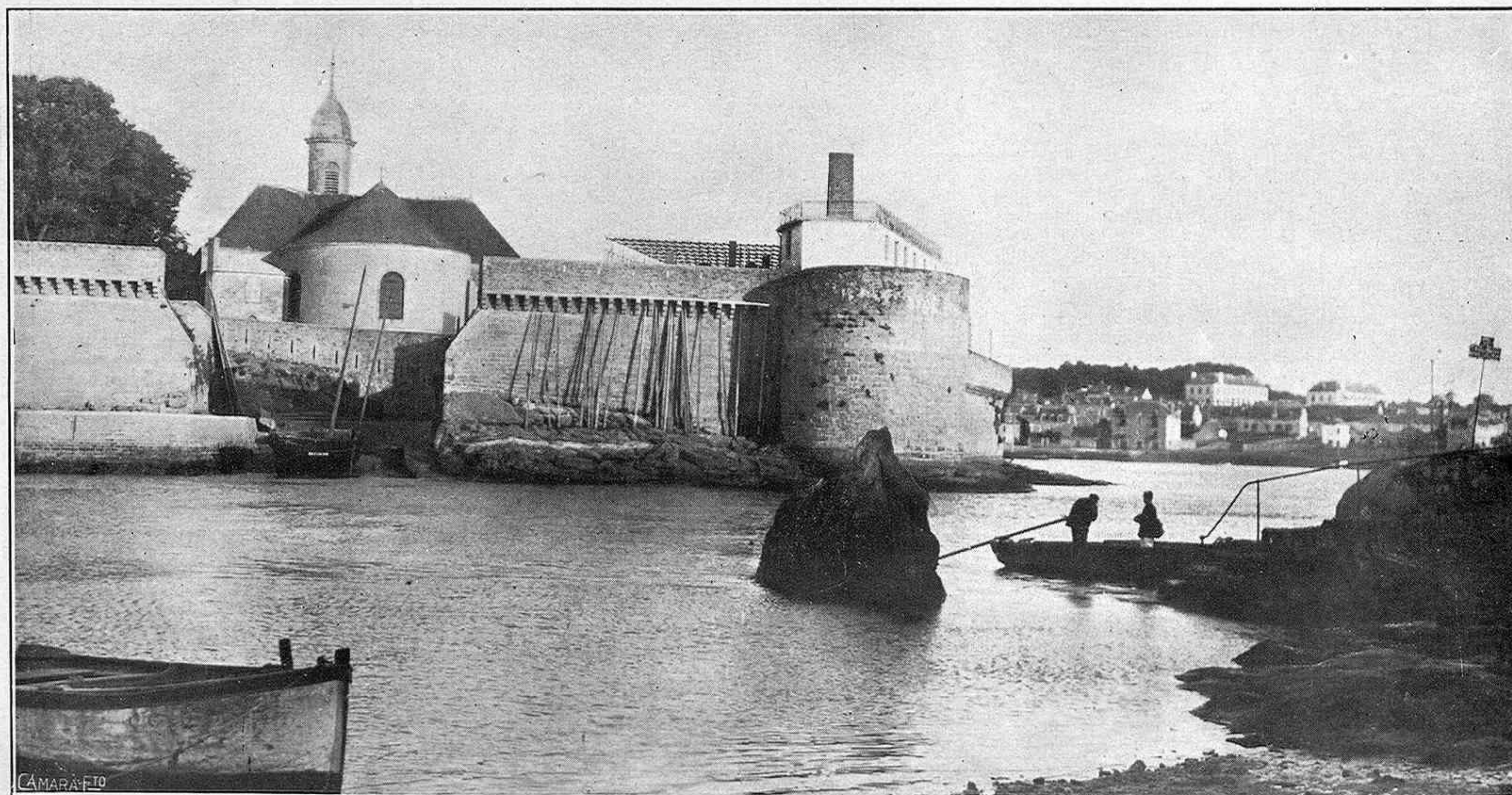
Consérvanse entre ellos los vigorosos rasgos de la raza como persiste al través de los tiempos el típico carácter que los distinguiera; igual que cuando sus bardos recitaban en las asambleas del pueblo las tradiciones nacionales, conmueven hoy sus almas los hechos heroicos de sus antepasados en el mar ó en la guerra, donde tan épicas hazañas realizaron, que abrillantan muchas páginas del libro eterno é inacabable de la Historia.

Mentira parece que este pueblo de hombres

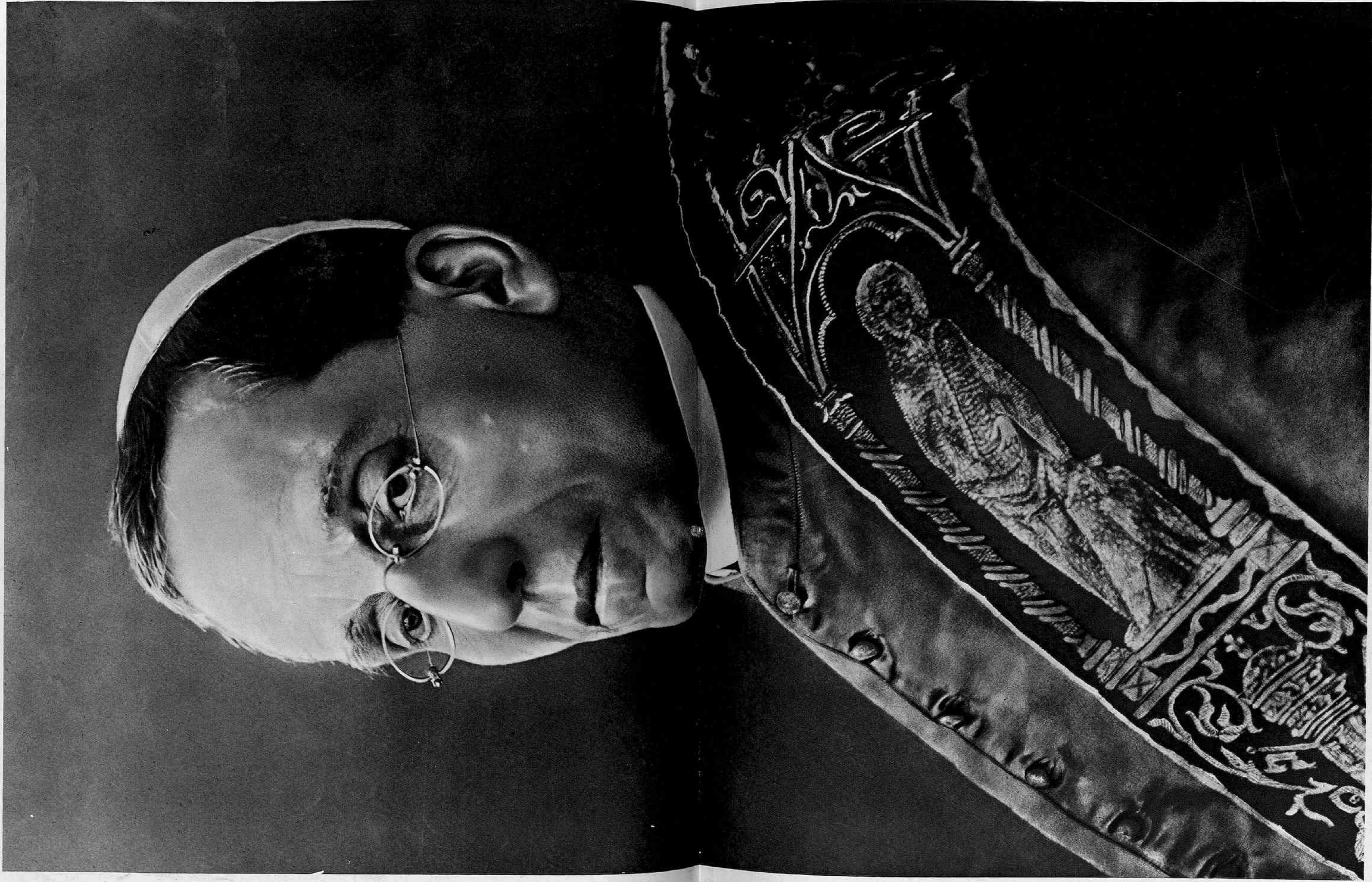
fuertes, rudos, pero francos y nobles, tan apagados á lo suyo como refractarios á la moderna civilización, sea la patria de Du Guesclin.

Beltrán Du Gueschin era hijo de una familia de la nobleza inferior de Bretaña y sus biógrafos aseguran que era de aspecto insignificante y de antipática catadura. Ignorante hasta el punto de no saber leer ni escribir, estaba dotado en cambio de una fuerza hercúlea y tal afición tenía al manejo de las armas y tal destreza adquirió en ello que, adolescente aún, derribó él solo en un torneo á doce contendientes de otras tantas lanzadas, causando la admiración general.

Fué esta su primera bélica hazaña que le proporcionó renombre. Otra mucho más importante realizó después, peleando en Vannes contra los ingleses en favor de Francia, como guerrillero. Cuéntase que con veinte hombres hizo frente á un ejército de tres mil, sosteniéndose toda una



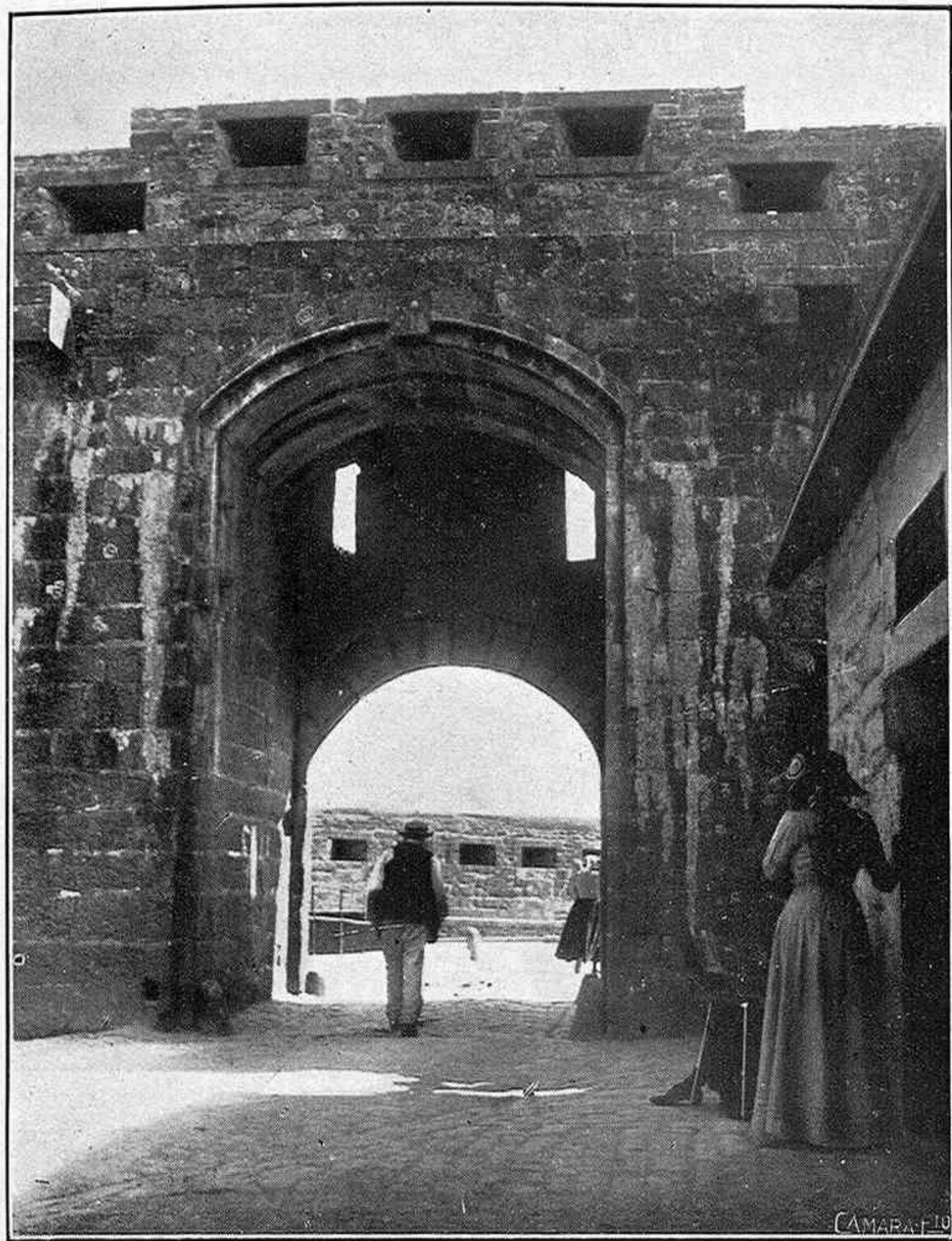
Una vista de la pintoresca villa de Concarneau



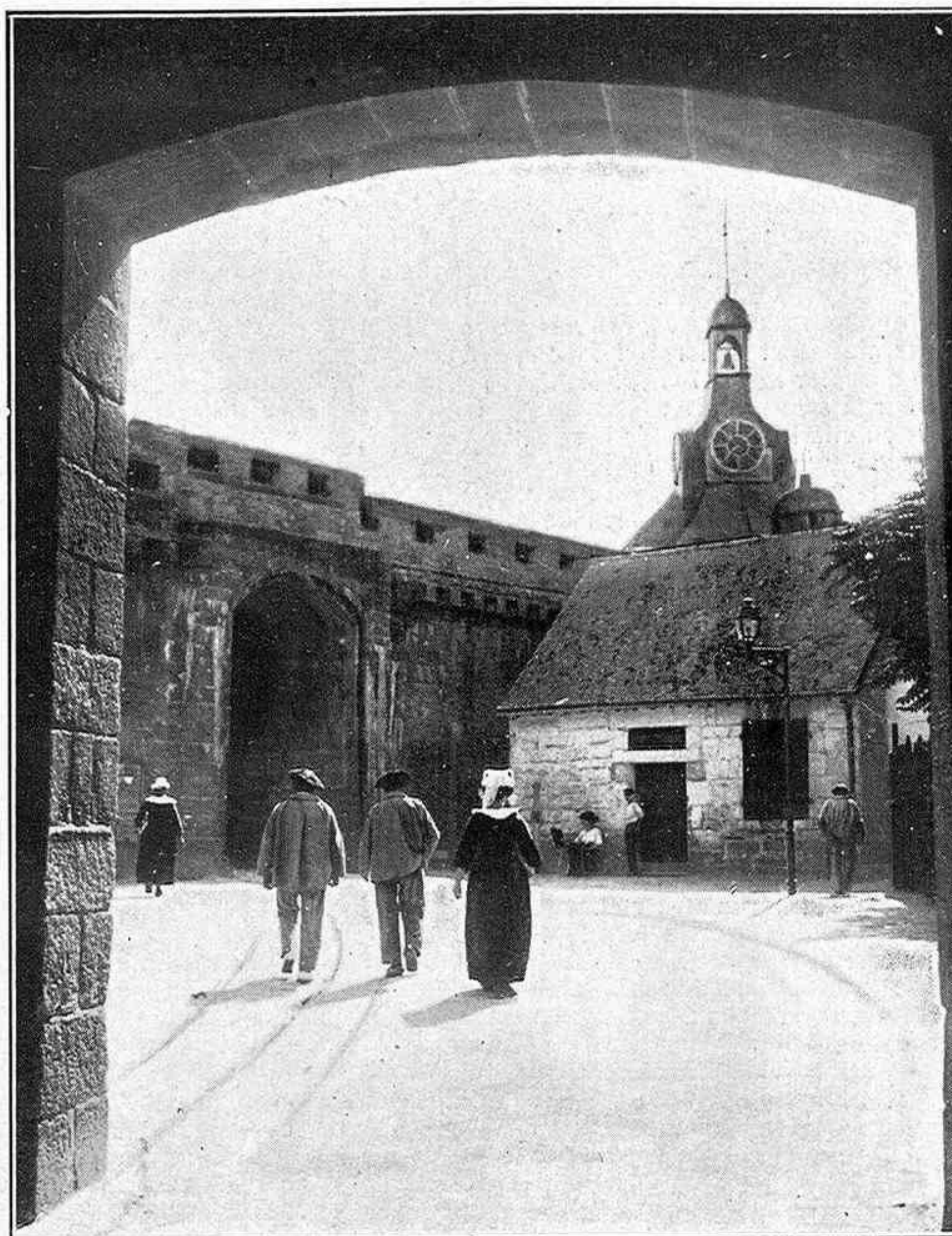
S. S. BENEDICTO XV

Último retrato del Papa, obtenido recientemente en Roma por el notable artista fotógrafo G. Felici





Una vieja puerta en la villa de Concarneau



Un pintoresco aspecto de la barriada de Ville-Close

noche sin ceder ante las formidables fuerzas enemigas. Otros muchos hechos de armas diéronle un prestigio militar que aprovechó para engrandecerse. Su valor personal y su destreza hacíanle temible en los combates individuales, en los que alcanzó enormes triunfos.

Al frente de sus compañías de aventureros bretones peleó á favor de Carlos de Blois contra Juan de Montfort en la contienda que ambos sostenían por la posesión de la Bretaña. Cuando éstos decidieron finalizar la guerra repartiéndose aquel ducado, Du Guesclin fué entregado á Montfort como rehén, pero como una vez firmada la paz se negara éste á ponerle en libertad, el astuto guerrero logró fugarse y se presentó al rey de Francia, Carlos V, ofreciéndole sus servicios. Dióle éste el mando de las tropas que habían de marchar contra Carlos *el Malo* de Navarra, que había invadido la Normandía y logró vencerle en Cocherel, por lo que el rey otorgole entre otras mercedes el condado de Longueville y el nombramiento de mariscal de la Normandía. Poco después era á su vez derrotado por los ingleses en Aurai, cayendo prisionero, pero se logró su rescate mediante el pago de cien mil francos. Hecha la paz con Inglaterra y no siendo necesarios los servicios de las fuerzas aventureras, el Rey, para librar á su país de las fechorías que ocasionaban al operar por su cuenta y riesgo, encargó á Du Guesclin su persecución. Obligólas éste á pasar á Castilla, donde pusieron al

servicio de D. Enrique de Trastámara, que por aquel entonces levantábase en armas contra su hermano D. Pedro *el Cruel*, pero habiendo acompañado al bastardo en su paseo triunfal por los pueblos de Castilla sin que se les presentara el enemigo, fueron licenciadas mediante espléndido pago, quedándose D. Enrique únicamente con Du Guesclin y sus compañías bretonas.

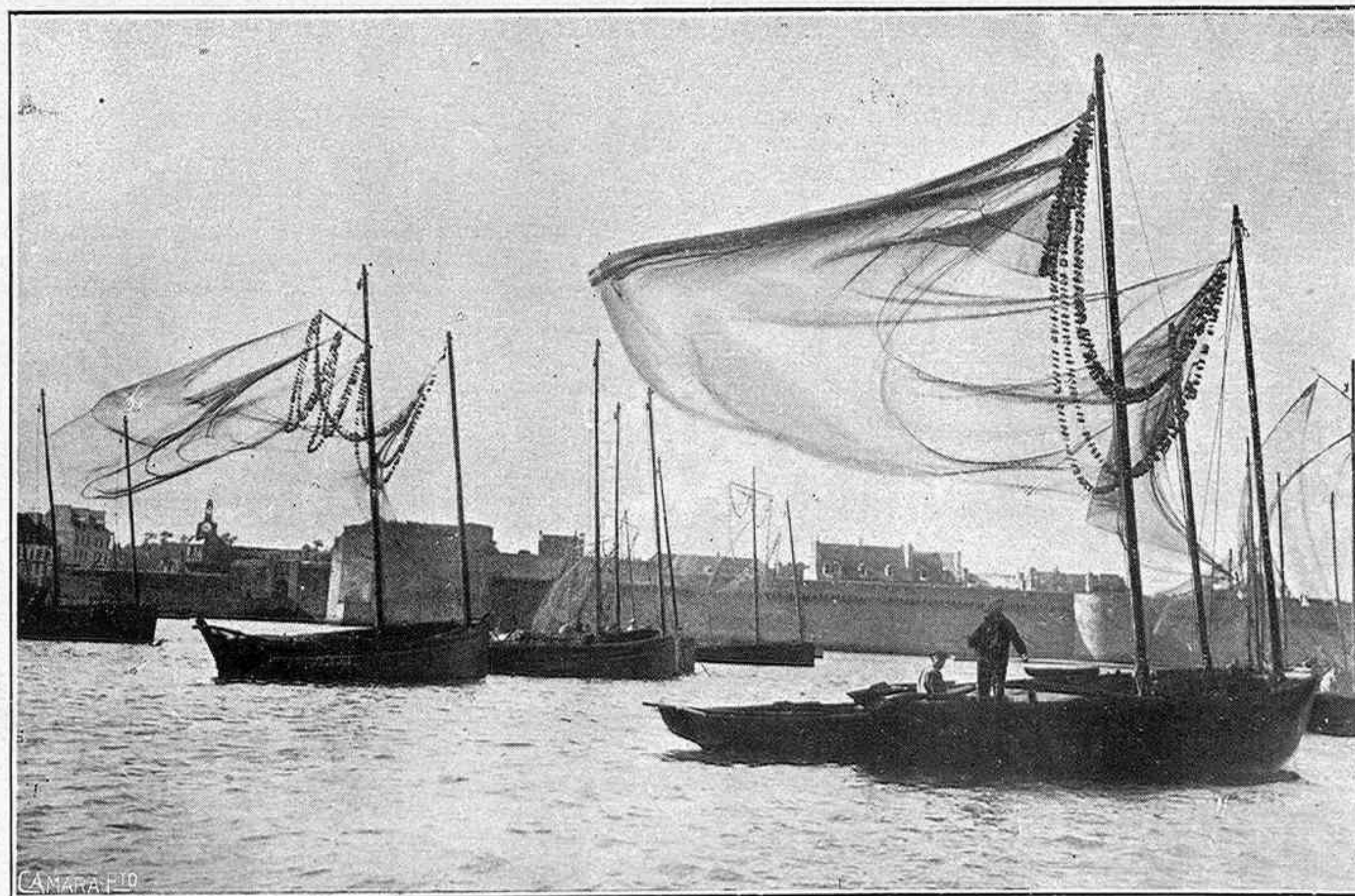
En la batalla de Nájera, que fué fatal para don Enrique, Du Guesclin cayó prisionero, recordando la libertad merced al caballeroso proceder del Príncipe Negro, cuya pericia militar estuvo á punto de dar la victoria definitiva al Rey D. Pedro. Rehechas las fuerzas del bastardo, marchó éste á poner sitio á Toledo. En Orgaz

uniósele Du Guesclin con quinientas lanzas, y juntos sorprendieron en Montiel el campamento real, viéndose el Rey obligado á refugiarse en el castillo con los restos de sus tropas. El traidor guerrero hizo creer á D. Pedro que le facilitaría la salida de la fortaleza, vil añagaza que tenía por objeto entregarlo inerme á la venganza de su hermano y cuando en lucha cuerpo á cuerpo D. Pedro y D. Enrique cayeron al suelo, quedando debajo el de Trastámara fué cuando Du Guesclin acudió en auxilio de éste y pronunciando la célebre frase: «ni quito ni pongo Rey, pero ayudo á mi señor», dió ocasión á que el bastardo clavara su daga en el pecho de D. Pedro. Consumado el fratricidio, fué D. Enrique proclamado Rey de Castilla, premiando con largueza los servicios del infame guerrero, al que concedió el condado de Trastámara, el señorío de Molina con título de duque, la ciudad de Soria con las villas de Almazán, Añena, Moreu, Montegudo y Teba y una suma de dos mil doblas en dinero.

Poco después, de nuevo al servicio del Rey de Francia, puso sitio á Concarneau en 1373, dispuesto á conquistar la Bretaña, que al fin se rindió al astuto aventurero y quedó incorporada á la corona de Francia en 1378.

Seguramente los bretones no contarán entre sus glorias la de haber sido su tierra patria de Du Guesclin, ni Concarneau, la más pintoresca de las ciudades bretonas, conservará de él muy grato recuerdo.

JUAN BALAGUER



Barcos sardineros, con las típicas redes azules

FOTS. DELIUS



FANTASÍAS DE OTOÑO

El vino como rey y el agua como buey

LÉGAME tu carta, amigo mío, en una de estas tardes lluviosas de Octubre, cuando ya son una tentación los locales cerrados y cuando los heraldos del invierno han empezado a soplar sobre los árboles para mondar sus esqueletos.

Ríe en ella la paganía de las fiestas báquicas y hasta podría jurar que cruzan por entre sus renglones verdor de pámpanos y carnales desnudeces de bacantes. Me recuerdan tus cartas de campesino á mí, hombre envenenado de ciudad, las diferentes alegrías del agro y como tu sencillo y natural vivir va dando vueltas á la vida, encontrando en cada distinta faena, según las estaciones, sus deleites que, siendo viejos, te encantan como nuevos.

Ahora, por ejemplo, me describes la vendimia y con tal sano regocijo, con tanta exuberancia de optimismo lo haces, que á mi memoria acuden cuadros de pintores célebres, poesías de célebres poetas y todos ellos, aun siendo tan exaltadores de la alegría que el vino causa, búrranse y se entristecen y se apagan junto á tu entusiasmo, descubriéndome escenas de viñedos y lagares, copiando rústicos cantos de vendimiadores y cambiando tu pluma en pincel para ponerme ante los ojos el oro de tales fermentacio-

campana, crujen las castañas sobre los troncos encendidos y una vieja narra cuentos de hechicería y yo, mientras tanto, me aturo con las estufillas de petróleo, me enfrió con las estufillas eléctricas y reniego de la calefacción central que me da el casero por cuarenta duros mensuales en un quinto piso con entresuelo, adonde, por ser quinto piso, no llega la calefacción. Ahora me llenas de agua la boca hablándome del futuro vino que hasta hace poco era racimos sobre las contorsionadas vides y yo, hijo de mi siglo, me acuerdo de las ligas contra el alcoholismo y sonrío con cierta nostalgia pensando en los días en que no estaba á régimen lácteo.



Culpa tuya será si esta carta te lleva un poco de mi murria y vierte sobre tu copa, recién vaciada del pastoso y puro vino que sólo bebéis los cosecheros antes de enyesarlo y campearlo para los infelices consumi-

dores, unas gotas del «amargo licor del pesimismo», que los años son los encargados de vendimiar en nuestra alma.

Vivo cerca de una Casa de Socorro y esto me da cierta experiencia en borracheras. Nunca hubo tantos borrachos en Madrid, ó por lo menos nunca tuve ocasión de ver tantos y con tanta frecuencia.

Vas por las calles y un portal no y cuatro sí te encuentras con un bar ó un tupi como ahora se llaman á las tabernas; tienes que salir al arroyo por no molestar á los que están sentados en las terrasses de las aceras y si te acercas á un guardia para preguntarle cómo se resuelve el problema de que no te atropellen á tí los carruajes por no atropellar tú á los bebedores de cerveza, vermú, cock-tail, serribrandy, wisky, ajeno y otras porquerías, por poco si te tumba de espaldas la tufarada de aguardiente que te echa el guardia al contestarte:

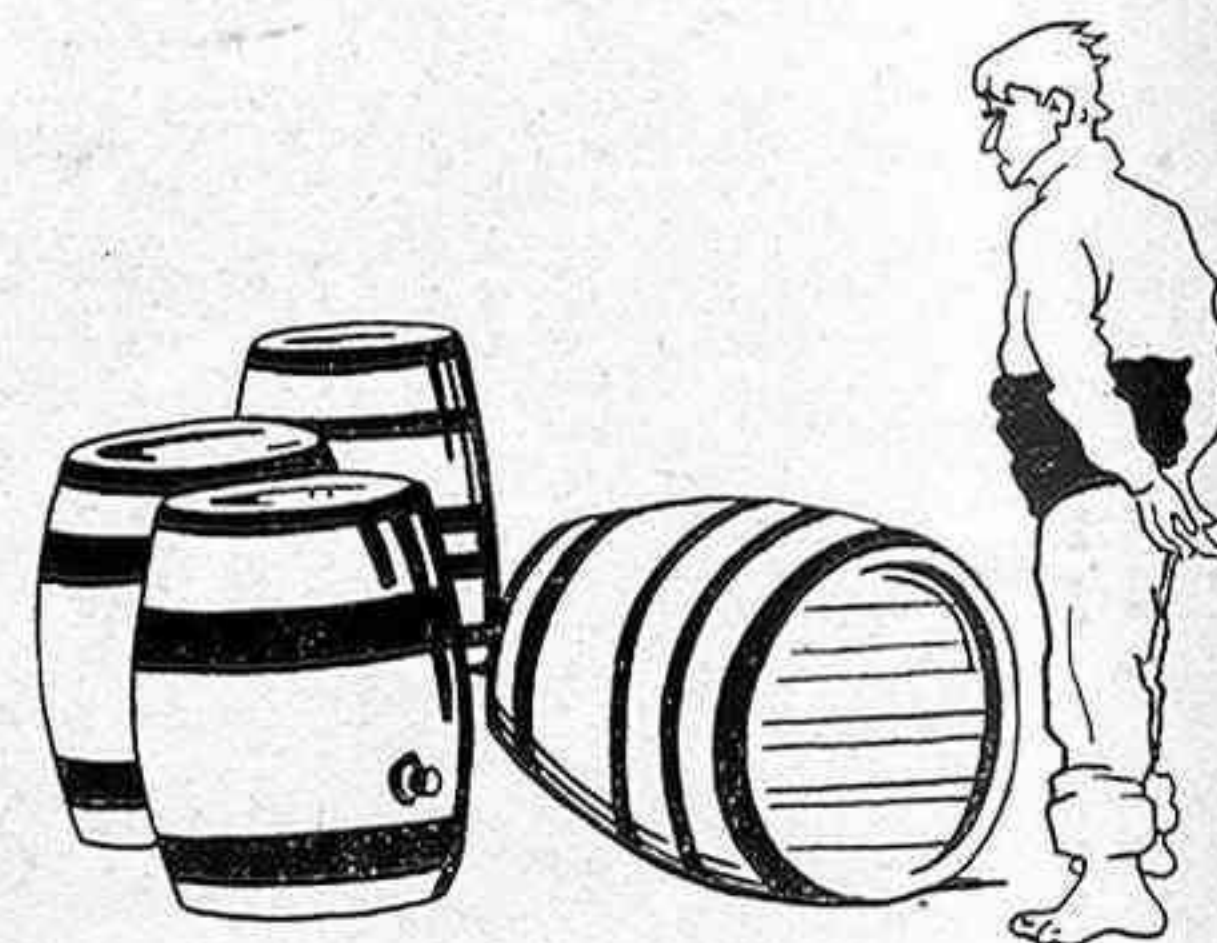
—¿Y á mí qué me cuenta usted?...

Madrid bebe de un modo que rompería las columnas de las estadísticas, como el calor hace extallar el mercurio en los termómetros. Antes sólo era la «gente de la hampa», como dicen en ese *exquisito* vals de los apaches ó «la honrada blusa», como escriben los demófilos, la que llenaba las tabernas, ó la «gente bien», como dicen los tontos, la que en colmados, restaurantes de noche, y pasillos de teatro en los bailes de carnaval, la que se atracaba de champagne y su caricatura la sidra que suena igual al destaparse y cuesta menos al pagarla.

Pero ahora, todo el mundo se embriaga. Como

en la medioeval danza macabra, todos entran en esta báquica danza. Su Majestad el Alcohol es el moderno Moloch de nuestro siglo y seguramente la contribución de cervecerías, bares, tupis y tabernas será un ingreso más saneado que el del impuesto del inquilinato.

Esto es un poco doloroso, amigo mío. Ya recordarás lo que decía no sé si Sagasta, Frascuelo ó Lor Macauly (porque ahora no tengo á ma-



no el Larousse para comprobarlo): «España marcha á la cola de la civilización». Imitamos á los ingleses en sus borracheras de wisky; á los franceses en el lujo homicida de los *assommoirs* para atraer más fácilmente á los obreros; á los alemanes en esas embrutecedoras y adiposantes borracheras de cerveza; pero no les imitamos en la creación de sociedades y leyes antialcohólicas (que por lo visto no sirven de nada en Inglaterra, en Francia ni en Alemania.)

Es lamentable. Porque nuestra raza, ya tan empobrecida, tan desgastada, tan inutilizada para las grandes empresas de otro tiempo, acabará por hundirse para siempre, idiotizada por el alcohol.

Y entonces será llegado el momento de que tú y yo acuñemos la moneda de que hablábamos antes. Tú, en el anverso, grabarás un Baco de carnes rollizas, de rostro sonriente y feliz, coronado y encintado de pámpanos y hojas de parra; yo, en el reverso, grabaré un exhombre, un espectro, con los ojos de loco, las manos crispadas por temblores homicidas y la boca entreabierta en una mucca de imbecilidad.

Luis F. HEREDIA

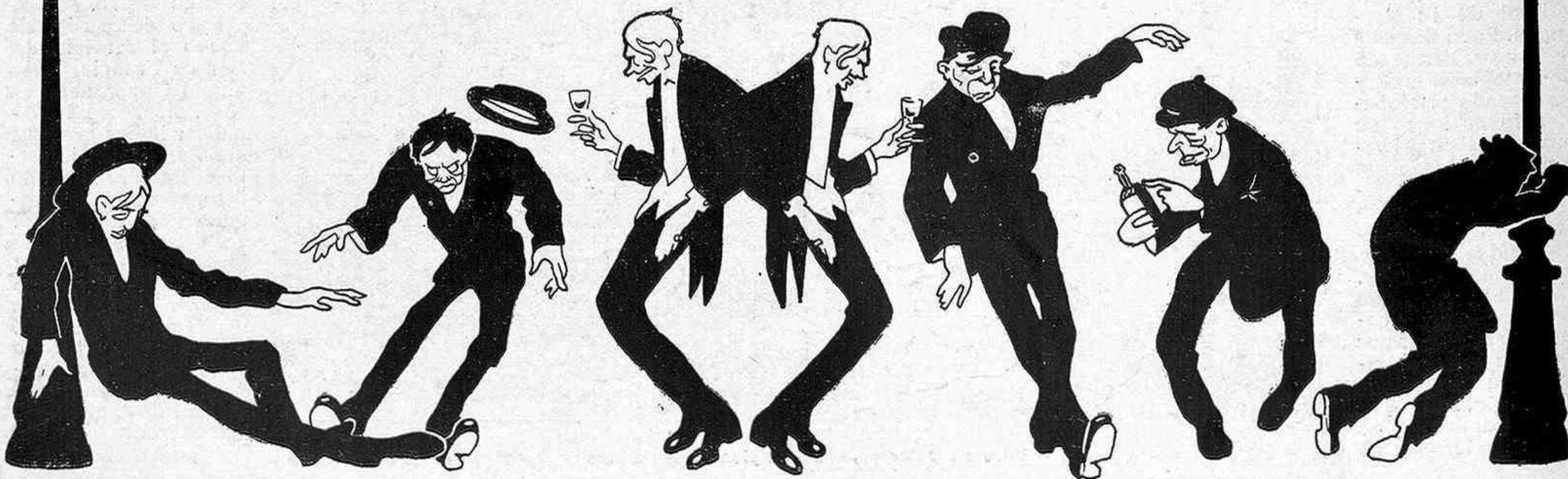
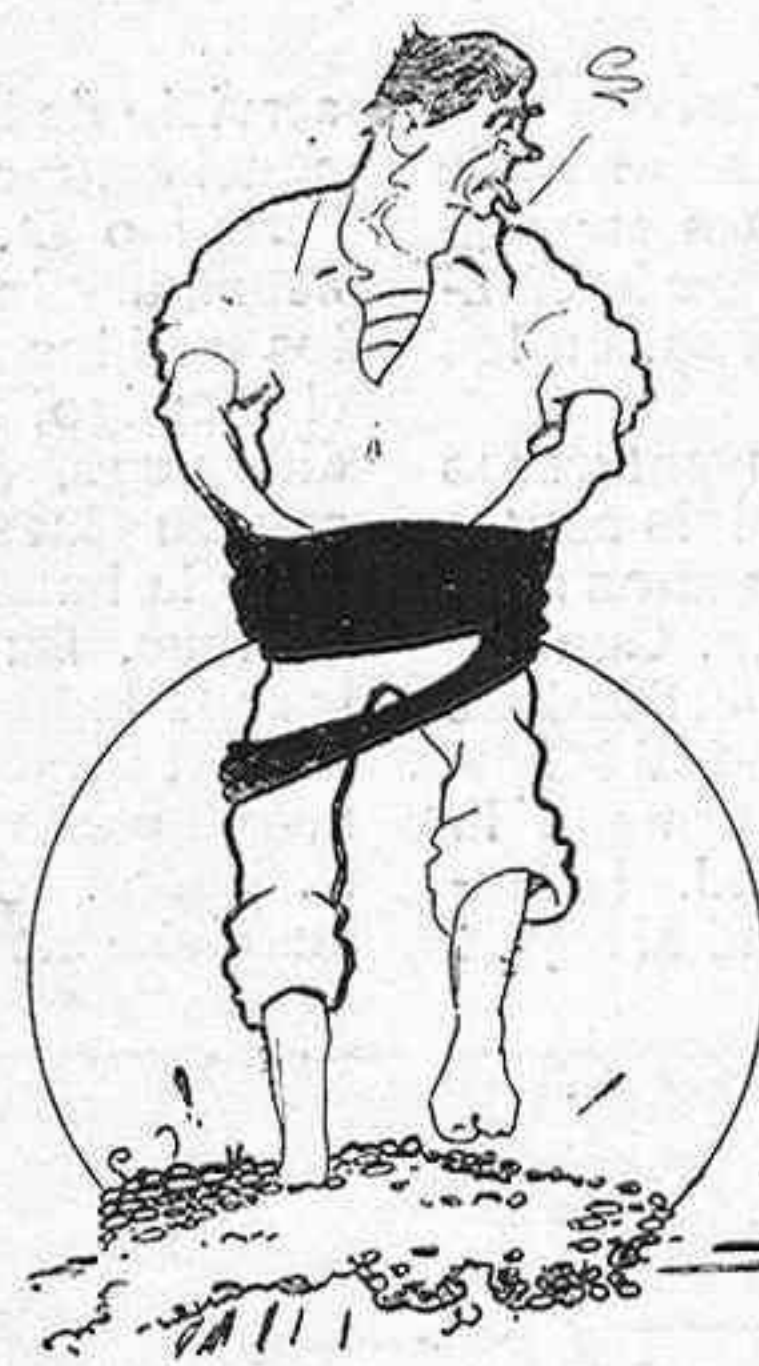
P. S. No olvides enviarme la cajita de botellas de Jerez que falsificas tan admirablemente, ni el barrilito de coñac que por Pascuas me mandas todos los años. El que esté á régimen lácteo no es un obstáculo. Vale.—L. F. H.

DIBUJOS DE GALVÁN



nes y la cardenalicia masa líquida donde patalean los pies de tus gañanes...

¡Válgame Dios y cómo son de diferentes nuestras cartas! Su diferencia nace de lo apartado de nuestras vidas y de los distintos espectáculos que presenciábamos. Porque tú, amigo mío, ves el anverso de las cosas y yo el reverso me veo obligado á contemplarlas. Tú alabas la ondulación áurea de los trigales y yo aquí pago caro el pan mal amasado, peor cocido y repeor pesado; me hablas de las veladas campesinas junto á la chimenea hogareña, bajo la ancha



LA ESFERA

PÁGINAS ARTÍSTICAS



LAS MUJERES DE RUBÉN DARÍO: "EL HADA MADRINA"

Dibujo original de Manuel Bujados

BIENEODE
BIBLIOTECA

CÁMARA-FIX

COSTUMBRES ALDEANAS • LA NOVENA



FUERA rasga el aire el burdel, y las palabras gordas se estrellan en los muros del templo ya que no hay mozo sin ladrido ni pelgar sin blasfemia, y más en poblucos donde el padre enseña al hijo, antes que al manejo de la rastra, á estercolar las tierras con tacos, refunfuños y frases redondas que se van surco abajo espantando á los aviones.

¡La iglesia para los viejos y los niños—dicen ellos—, que yo, con la era en Julio, la viña en Septiembre, la chaqueta gorda en todo tiempo, la ronda los sábados, la guitarra y la porra, tengo, sino mucho, lo que necesito, y si no me entran letras ni razones, me entran pan y cebolla, y á fuerza de vino más que de consejos, se pasa la vida, y el que puede y sabe clavar el diente suyo en diente de ajo, y con él se conforma y no apetece más, ni se cansa de ver la torre seca y firme ni el camposanto con la cruz en la puerta y el árbol tras la cerca, ni se aburre viendo á la Caetana ó á la Tiburcia dando fuego á la paja de alforjón bajo las campanas de los hogares, por donde sopla el diablo cuando hierve la caldereta, ni de ir tras de las mulas ó á la zaga del alcalde para que le lea el edicto, que no se le venga con menos ni con más. Luego llegan á su natural sazón el casorio y los críos y el soportar á la mujer gorda de grupas y con los hombros esmirriados como lancetas y el cráneo

calvo y con rodete, y entonces sí que está en su punto la iglesia, porque todo lugareño ha de ser primero zoquete, luego concejal y más tarde muñidor é individuo de la hermandad del santo Patrono, y entonces hay que intervenir en el arca de la cera y en los estuches de los bastones de los comisarios y en lo de entenderse las con el polvrista y lo de los novillos y echar el viaje á Madrid para contratar murgantes y diestros, y ya, desde aquel punto, el hermano mayor se hace también hombre de novena, y allá se va, al atardecer, cuando el oro del sol cae con tristeza sobre los ojos de los pensamientos amarillos de la huerta próxima y se pasea como una roja caricia de fuego sobre el rastrojo de los campos y saca un rayo de la cruz de la torre y alumbra el ala de un vencejo y muere honda mente envuelto entre el beso del azul crudo de la montaña y el ópalo del aire...

La campana apremia; la fauce negra del templo traga viejecitas devotas y hombres que quieren reposar sobre el banco; la nave está fresca y sombría, trasudando incienso y olor de albahaca, y tras el negro barandal del coro asoma pintada en tenebroso lienzo la cabeza de un santo y el órgano apunta á los fantasmas con la escala de sus negros flautines; allá, en la vanguardia de la devoción, figura la vieja más rica del pueblo, que hasta rezando gruñe; más acá,

las buenas mujerucas de rostros plácidos y como encogidos bajo el manto y los palurdos en cuyos ojos se burla con extraños resplandores el reflejo de los lejanos cirios, y el sacristán sábelo todo, y el avaro que vive á la luz de la iglesia por no gastar la de su casa, y el viejecillo dicharachero, y los rapaces avisados que, moco al aire, se sienten cogidos por la dulce presión de un desconocido respeto.

La voz del cura plañe en el púlpito alargando á voluntad las sílabas.

Padre nuestro, que estás en los cielos... como en vivo diálogo de oración con el libro en que lee; fervorea la triste voz de los feligreses en el ángulo, perdiéndose los sosegados finales con rumbos misteriosos en los ámbitos de las capillas y oyendo el importuno vocerío de la calle, los viejos tornan la cabeza lívida como diciendo: «¡Aquí pararáis, en el sosiego de estos sitios y junto á la paz de estos altares, que mozos hemos sido todos y por el aro entramos y nos iremos como se irán todos los que tras de vosotros vengan, que así se pasa tan ricamente la vida, siendo hombres ahora y luego los fantasmas que apunta el órgano en la sombra del coro.

LEOPOLDO LÓPEZ DE SAÁ

FOT. ORTIZ ECHAGÜE

MOMENTOS HISTÓRICOS

LA MAS ALTA OCASIÓN QUE VIERON LOS SIGLOS

Por ahora fué, á 7 días del mes de Octubre del año 1571, cuando tuvo lugar bajo el mando supremo del Sr. D. Juan de Austria, aquel memorable hecho de armas contra la pujanza otomana, que aun á la hora de ahora, con andar la Europa revuelta y llena de sangre, no ha tenido semejanza. Tal fué la epopeya.

Para mí tengo que fué esta una de las veces que el fervor religioso supo hacer cosa de provecho, porque con el manto de Cristo envolvió un caso de humanidad y de justicia, aunque luego de conseguido el primer triunfo, la fría política y el espíritu tortuoso de Felipe II, abandonaran la empresa á punto de darle feliz y definitivo término, que fué condición de aquel soberano hacer bueno el dicho de «sacarse un ojo con tal de ver ciego al prójimo», y así, diz que por restarle gloria y predicamento á su hermano D. Juan, renunció generosamente al triunfo sobre la armada turca.

ooo

Fuó la ocasión desta grande epopeya, el ser punto de mira de las codicias de Selim II, emperador de Turquía, la fertilísima y espléndida isla de Chipre (famosa por sus vides) tributaria en otros tiempos de los sultanes turcos, como sucesores del soldán de Egipto, y cedida más tarde á la república de Venecia por Catalina Cornaro, noble matrona veneciana, viuda del rey Jacobo.

Parece que este enconado pensamiento, de sumar la famosa isla á las provincias de su vasto imperio, que hubo el hijo de Solimán antes que mira y deseo de hombre de Estado por acrecentar las tierras de su patria, no fué sino devoción profunda del dios Baco, tan contrario de Mahoma.

No faltaba entre los consejeros del Sultán, quienes ensalzaban la conquista de la deseada Chipre, por la más ventajosa empresa á los intereses de la Puerta Otomana, la más digna de tal soberano. Ello fué que tanto pudieron los dichos consejos en ánimo tan dispuesto á darles curso, que la conquista de aquel hermoso florón de la república veneciana quedó plenamente decidida. Para ello, no importaba que el imperio turco estuviese por el entonces en paz con Venecia. No había para los mulsumanes tratado legítimo de paz, sino era ventajoso á las conveniencias y egoísmos absolutos del imperio.

Sobre unas condiciones verdaderamente humillantes, fué al Gobierno de los Dux planteado el conflicto. Rechazó dignamente la república, y he aquí planteada la guerra, que era el más grato deseo de Selim.

Venecia arrepintióse después de aquel rasgo de pundonor y orgullo, pues vió con dolor (al igual que ahora les acontece á alguna de las naciones en pugna), que no estaba preparada, y quiso prevenirse de prisa y corriendo.

Arbitró recursos, vendió propiedades, dióse grande actividad para equipar su flota, y en poco tiempo llegó á reunir una regular escuadra. Pero no era ya Venecia la antigua reina del Adriático; sus recursos estaban escasos, sus tropas mezquinas é indisciplinadas, y las plazas fuertes sin guarnición suficiente, y angustiada volvió los ojos á las naciones católicas, pero en pocas halló eco su grito de auxilio. Únicamente en Roma y España halló respuesta, aunque muy poco tenían que agradecerle entrambas. Sin embargo, ni el Pontífice Pío V, ni el Rey cristianísimo que regía á los españoles, podían mirar indiferentes el daño que del engrandecimiento de los infieles había de seguirse á la religión del Crucificado.

El Papa, no solamente fué servido de prestar socorro á la apurada república con doce galeras armadas á su costa, de las que nombró general á Marco Antonio Colonna, duque de Pagliano y de Tagliacozzo, sino á servir de medianero con Felipe II, cosa que desde luego consiguió con muy buen deseo del monarca hispano, y en cuyos detalles no nos atrevemos á penecir, por no hacer este artículo demasiado extenso.



D. JUAN DE AUSTRIA
Retrato atribuido á Sánchez Coello

Las conferencias de la Liga hubieron de celebrarse en la capital del Orbe Católico, siendo representantes de España los cardenales Granvela y Pacheco, y el Embajador D. Juan de Zúñiga.

Luego de muchas discusiones y más dificultades por parte de Venecia, que siendo la que pedía auxilio se empeñaba en imponer condiciones se pactó la Santa Liga, siendo las principales condiciones:

«Confederación perpetua para resistir y aniquilar no solamente la fuerza del turco, sino también las de los moros de Argel, Tunes y Trípoli.

»Las fuerzas aliadas, habrían de componerse de doscientas galeras, cien naves, cincuenta mil infantes españoles, italianos y tudescos, un cuerpo de caballería de cuatro mil quinientas plazas, con la correspondiente artillería.

»Su Santidad, contribuiría con doce galeras, con tres mil infantes y doscientos setenta caballos ligeros.

»El Rey Católico, con tres partes de las seis destinadas á los gastos generales de la guerra, con dos el Dux y Senado de Venecia y aun suplirían en la misma proporción la parte que restara al Pontífice, si no le fuere posible satisfacerla...

»El general en jefe de todas las fuerzas, sería el Sr. D. Juan de Austria, y en su ausencia ó imposibilidad quien mandara la flota pontificia.

»Ninguna de las partes, ni por sí ni por otro, podría tratar paces, treguas ni otra concordia, sin conocimiento y anuencia de las demás.»

Sabia D. Juan que la terrible armada turca, terror y azote de los mares, hallábase en el golfo de Lepanto. Reunió el generalísimo consejo de los principales jefes de la armada, según orden que su hermano tenía dado, y discutió con mucha parsimonia el plan de combate.

No faltaron quienes asustados ante el grande poder del turco, propusieran empresas tímidas, indignas del grande aparato que se había hecho, pero prevaleció el ánimo digno y honroso de salir al encuentro del enemigo, que era el parecer del esforzado hijo de Carlos I.

De camino hacia la epopeya, túvose noticias de los triunfos alcanzados por los infieles, y las tropelías cometidas con los valerosos defensores de las ciudades conquistadas, cosa que vino á encender más los ánimos y borboritar los deseos de venganza.

Antes de amanecer el 7 de Octubre, mandó D. Juan dar al viento las velas, y en poco tiempo halláronse las escuadras á la altura de las isletas Equinades, que llamaban los griegos, y hoy denominanse Curzolarias, frente á la costa de Albania.

Una galera de las comandadas por Doria, dió aviso de estar la armada turca al doblar el golfo, y el de Austria, sin aguardar á más, enarboló el estandarte de la Liga, disparó el cañonazo que señalaba el comienzo del ataque y lanzóse sobre la potente escuadra enemiga.

La embestida fué aguantada con ímpetu y se comenzó la más sangrienta lucha, que han sufrido los mares de todos los continentes.

Numerosísimas eran las fuerzas de entrambas partes, más de lo que cada una había pensado de la otra, y por ello, así como se avistaron francas frente á frente, hubo un punto de vacilación, pero miraron que sólo el arrojo y el denuedo, era quien podía decidir de sus destinos, y no se acordaron más que de luchar...

«Marchaban de vanguardia de la Liga, seis galeazas venecianas. El ala ó cuerno izquierdo, compuesto de unas sesenta galeras, iba á cargo del proveedor Barbarigo, mandaba el derecho Juan Andrea Doria, mandando casi igual número de velas: en el centro de la batalla, compuesto por sesenta y tres galeras, marchaba en su Real, D. Juan de Austria, á sus lados las escuadras de Venecia y Roma, y á la popa su lugarteniente Requesens, Comendador mayor de Castilla. Constituían la retaguardia treinta y cinco galeras comandadas por D. Alvaro de Bazán.

»La armada turca, más numerosa que la cristiana, formaba una media luna dividida en tres cuerpos. Mandaba el de la derecha el Virrey de Alejandría, con cincuenta y cinco galeras, el ala izquierda Uluch-Alí, con noventa y tres, y el centro con noventa y seis, los dos bajaes Per-tew y Alí...»

Blanqueaba la mar con la espuma que formaba el hervor de las olas; el humo que brotaba de los cañones y arcabuces oscureció el horizonte. Tragábase el encrespado elemento naves enteras, y hombres abrazados como hermanos por el odio de enemigos. Véase sobre un bajel turco una bandera aliada, y encontrábase una galera de Castilla mandada por un caudillo turco. Luego de rotas las espadas é inútiles los arcabuces, peleábase cuerpo á cuerpo. Diz que la sangre llegó á enrojecer el mar en una parte muy extensa...

Mas ¿á qué seguir la memorable epopeya, si ya las plumas maestras de muy notables ingenios y grandes cronistas lo han hecho dignamente?

Baste consignar que por ahora hánse cumplido 344 años de que quedara manco de la mano izquierda por un tiro de arcabuz el mayor ingenio del mundo que han visto los siglos pasados y esperan ver los venideros: MIGUEL DE CERVANTES, soldado bisoño á bordo de la galera Marquesa, que mandaba Juan Andrea Doria...

DIEGO SAN JOSÉ

BIBLIOTECA MADRID

DEL AVISPERO BALKÁNICO
LAS FUERZAS RUMANAS

Las huestes de Rumanía son las más fuertes de las potencias balcánicas, á excepción de Turquía. La organización marcial del Estado rumano está ya algo anticuada, si bien fué reformada en 1910 con la institución del servicio militar obligatorio, que comprende de los veintuno á los cuarenta y dos años á todos los ciudadanos útiles.

La población del reino pasa de 7 millones de habitantes, y el contingente anual es, aproximadamente, de 50.000 hombres, de los que 46.000 son incluidos, por medio de sorteo, en el ejército permanente, cuyo efectivo en tiempo de paz es de 90.000 soldados. Los gastos militares ordinarios ascienden á 75 millones por año, siendo el total importe de todos los presupuestos de gastos del reino de 500 millones.

El cupo en filas sirve dos años en infantería y tres en los cuerpos montados, pasando después á las tropas de complemento, donde permanecen hasta cumplir los veintiocho años. Esto permite disponer para el ejército activo, en el momento de la movilización, de siete contingentes de 50.000 hombres; ó sea, aproximadamente, de 350.000.

Los mozos de diecinueve á veintiún años, reciben una instrucción militar preparatoria dos domingos por mes, desde Abril á Noviembre, en cuyos días practican durante tres horas á las órdenes de los comandantes de cada gendarmería rural, auxiliados por un instructor graduado, perteneciente á las tropas de complemento.

Cada año ingresan en las tropas de caballería unos 3.500 mozos, que son admitidos por propia solicitud para librarse de los tres años de servicio en un cierto número de períodos espaciados, que es lo que se llama contingente de servicio alternativo (*cúschimbul*). El primer año permanecen en filas dos períodos de cuarenta y cinco y sesenta y cinco días y veinte días de maniobras; el segundo año se reduce el servicio á cuarenta días y á treinta el tercero, y, en caso de necesidad, son llamados por veinte días el cuarto año; estos soldados llevan sus caballos y el Estado les abona una indemnización de montura.

Desde los veintiocho á los treinta y ocho años forman los hombres en los 10 contingentes que integran las reservas, y desde los diecinueve á los cuarenta y dos en las cuatro clases que forman las milicias.

Los alumnos de las grandes escuelas no están más que un año en el ejército activo; los maestros están exentos del servicio en filas en la era de paz; pero reciben instrucción militar en las escuelas normales.

El jefe supremo del ejército es el rey Fernando, y con él comparten el alto mando el ministro de la Guerra, que reside en Bucarest, un



Soldados rumanos

Estado Mayor general, encargado de la Escuela de Guerra (dos secciones y un servicio geográfico), diversos servicios del personal de comprobación (contabilidad, contencioso, pensiones) de Intendencia y nueve direcciones (Infantería, Caballería, Artillería, Armamento, Ingenieros, Flota, Sanidad, Intendencia y Escuela militar). Existe un comité de inspectores generales para cuanto atañe á la defensa del reino y comités consultivos en cada arma ó servicio, para el estudio de las cuestiones técnicas de orden militar. El territorio está dividido en cinco regiones de cuerpo de ejército: Bucarest, Cernavoda (cabeza de puente sobre el Danubio), Focani, Namolosa y Galatz.

Treinta y dos circunscripciones de reclutamiento, corresponden cada una á un departamento y están agrupadas por territorios de división. Cada circunscripción debe movilizar un regimiento de reserva. Los círculos de distrito corresponden á los batallones y los subcírculos á las compañías.

La infantería consta de 40 regimientos, de ellos 32 de á tres batallones de cuatro compa-

ñías de cien hombres, mas una compañía de depósito; ocho regimientos no tienen más que dos batallones y un cuadro de cinco oficiales destinado para el tercer batallón, caso de movilizarse el regimiento.

Existen, además, diez batallones de cazadores. Cada regimiento, y lo mismo cada batallón de cazadores, tiene afecta una sección de ametralladoras, de dos piezas.

Al movilizarse los regimientos de infantería forman un batallón de depósito, y los batallones de cazadores se desdoblan y forman nueve regimientos de campaña de á dos batallones.

Las reservas comprenden 40 batallones de reserva y 96 de milicias de 1.140 hombres, con 20 oficiales.

La infantería está armada con el fusil Mannlicher de repetición y de 6,5 milímetros de calibre.

La caballería comprende 10 regimientos de húsares rojos, *roshiori*, de cuatro escuadrones, de 110 caballos, repartidos en cinco brigadas que forman divisiones independientes, y otros 10 regimientos de húsares negros, *calarashi*, que forman una brigada para cada uno de los cinco cuerpos de ejército. Seis regimientos de *roshioris* tienen una sección de ametralladoras con dos piezas montadas sobre ruedas. La primera fila de *roshioris* está armada de lanza, sable y revólver, y la segunda y los *calarashi* de sable y carabina Mannlicher.

La artillería se compone de 20 regimientos de seis baterías con cañones Krupp, de 75 milímetros, modelo 1903. La artillería pesada la forman 17 baterías de seis piezas de 12 centímetros, Krupp, seis obuses de 105 por cuerpo de ejército y dos baterías de obuses Schneider, de 155 milímetros. Hay cuatro baterías á caballo con piezas Krupp, de 75. La artillería de fortaleza se compone de dos regimientos de ocho á 11 compañías. Hay, además, tres baterías especiales de montaña.

Los ingenieros se organizan en cinco batallones de zapadores, con una compañía de telegrafistas cada uno, y un batallón de zapadores de fortaleza, un batallón de ferrocarriles, una sección de aerosteros, un grupo de automovilistas y otro de palomares militares. Y, por último, hay cinco escuadrones de tren, cinco compañías de tropas de sanidad, seis de tropas de administración, 11 de guarda-fronteras (*graniceri*) y el cuerpo de automovilistas voluntarios.

Tal es la constitución del más potente de los ejércitos balcánicos, que aportará á esta pelea muchos entusiasmos, mucha fe en el triunfo y el esfuerzo de muchos años de marcial preparación, para conquistar en ruda lid la hegemonía de los traviesos territorios vecinos.

AURELIO MATILLA



Fuerzas de artillería rumana

FOTS. CH. FLAVIENS